EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 17. Tomo I.- LUNES 1.° DE JULIO 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. Beranger, por D. A. F. del Rio.—**Poesía**, por don Gavino Tejado.—**Espatolino (novela)**, por la señorita Avellaneda.—**Modas.—Fragmento de un rasgo épico (poesía)**, por don José Amador de los Rios.—**Sonetos**, por D. José Zorrilla.—**Frenología**, por D. Antonio Flores.—**Revista de la Quincena.**

BIOGRAFIA.

BERANGER.

Reside á la sazon en Passy un anciano de mediana estatura, rostro apacible, calva frente, dulce y afectuosa mirada: abandona á veces su ameno retiro para descender á la capital de Francia, porque allí fué el teatro de sus miserias y de sus glorias, y á los sesenta años se nutre la mente de recuerdos, como á los veinte vive de esperanzas. Cuantos transitan por aquel camino, desde el recluta abrumado de fatiga hasta el par de Francia, reclinado en los muelles cojines de opulenta carroza, fijan sus ojos en el venerable viajero, y, como tal vez no hacen memoria de haberle visto nunca, pasan de largo sin dirigirle un saludo. No obstante, su nombre ha llegado á serles tan familiar como el de Napoleon y el de Luis Felipe. ¿Quién no conoce á Beranger en la nacion vecina? ¿Cómo no ha de ceñir sus sienes la aureola de la popularidad si ha bebido sus inspiraciones en las filas del pueblo, si bajo las banderas del pueblo ha militado de continuo, si *el pueblo en fin ha sido su musa*? Son las canciones de Beranger unas *memorias cantantes* de los sucesos de su época, y en ese gran libro se hallan las reflexiones del poeta en perfecta armonía con los sentimientos de las masas, pues el instinto de estas fué su única brújula al engolfarse en el borrascoso piélago de la política, para luchar sin tregua contra los Borbones desde su restauracion hasta la revolucion de julio. Forzoso es determinar el punto de partida del insigne cancionero. Con la toma de la Bastilla en 1789 habia recibido la primera leccion de historia, y la república le habia enseñado á adorar á su patria. Su entusiasta y constante admiracion hácia el genio del emperador, la idolatría que inspiraba al pueblo, considerándole como legítimo

representante de la igualdad victoriosa, nunca le cegaron respecto al despotismo creciente del imperio. A la vuelta de los Borbones le pareció que su debilidad no opondria grandes obstáculos al renacimiento de las libertades nacionales, ya hicieran con ellas alianza, ya hubiera necesidad de imponérselas. Despues del desenlace de tan largas guerras no vió que la opinion del pueblo fuera decididamente contraria á los nuevos señores para él exhumados por legiones extranjeras. Poco vivieron sus ilusiones: bastaron algunos meses para que se desengañáran los mas crédulos y confiados. Durante los cien dias pudo conocer á través del entusiasmo popular que Napoleon no habia venido al mundo para gobernar constitucionalmente. Segunda vez entró en París Luis XVIII con el apoyo de extrañas huestes: no habia posibilidad de que gobernase la Francia, ni de que esta le hiciera adoptar los principios liberales. Con esta profunda conviccion se lanzó Beranger á la arena y lidió denodadamente á la cabeza del pueblo hasta conseguir el triunfo de la libertad, que habia reconquistado despues de 1814 todo el lustre que la habian hecho perder la época del terror, la anarquía directorial, y la gloria del imperio. Cada una de sus canciones era un terrible golpe al régimen de la antigua monarquía, un nuevo combustible que horadaba sus vacilantes cimientos; impávido en el peligro, pertinaz en la acometida, sin que torciera una sola vez de rumbo, contribuyó poderosamente á la victoria. Y el influjo de Beranger sobre las masas, el ascendiente por él ejercido bajo el modesto renombre de cancionero, no traia de ningun modo orígen de su nacimiento, ni de su fortuna, ni de su educacion esmerada: su gloria es hija de su genio: á este ha debido su fabulosa preponderancia, su fama imperecedera.

Pedro Juan de Beranger tuvo humilde y pobre cuna en la calle de Montorgueil en casa de su abuelo, sastre de oficio, segun lo declara en la cancion que titula *El sastre y la hada*. Nació el 19 de agosto de 1780, no el 17 como afirma uno de sus compatriotas y de sus mejores biógrafos. Por otra cancion titulada el *Plebeyo* averiguamos que lo es efectivamente; vanagloriase en ella de no descender de noble estirpe, cual parece indicarlo la partícula que precede á su apellido, si bien añade como cree haber leido en su sangre que sus ascendientes maldijeron ya en tiempos remotos el poder absoluto de sus señores, sin que sus fuertes cimitarras fuesen nunca en los bosques el terror de las gentes, ni introdujesen al

leopardo inglés en ninguna de las ciudades y villas de su patria.

No se trasluce que los padres de Beranger tuvieran en su educacion grande influjo, ni pudo menos de ser descuidada hallándose á cargo de su pobre abuelo: creció pues el muchacho sin sujecion, á puerta de calle, y de consiguiente entretenido en constantes travesuras. Escasamente se hallaria instruido en los rudimentos de la gramática francesa cuando á la edad de nueve años fue enviado á casa de una tia suya, posadera en Perona. Allí ejerció el ruin oficio de mozo de posada, recreándose en sus ocios con la lectura de Telémaco, y de algunos volúmenes de Voltaire y de Racine, olvidados acaso por algun viajero, merced á alguna casualidad tan feliz como la que puso en manos del ventero la novela de *El curioso impertinente*, que ingirió Cervantes en su inmortal libro.

Doce años contaba Beranger cuando fué herido de una centella; accidente que en los tiempos del politeismo se hubiera tenido por feliz augurio, proclamando cien voces no ser extraño que mimasen las musas al venturoso mortal cuya frente habia tocado Júpiter tonante. Víctima Martin Lutero de igual desgracia, se decidió á tomar el hábito y á encerrarse en el claustro, á Beranger le dió motivo para lucir la precoz agudeza de su ingenio; «*Y entonces ¿de qué le sirve á Vd. su agua bendita?*» preguntó á su tia apenas volvió de un largo desvanecimiento: la pobre mujer acababa de rociar con ella las paredes de toda su casa.

De mozo de posada pasó en clase de aprendiz á la imprenta de M. Laisney, quien esforzándose en vano por enseñarle ortografía, acrecentó su gusto á la poesía, y aun corrigió sus primeros ensayos: asi lo explica el discípulo en la cancion que treinta años despues dedicó al maestro con el título de *Buenas noches*. Al paso que crecia su aficion á escribir versos, se conformaba menos con permanecer en tan reducida esfera, hasta que llegó á serle insoportable componer en las cajas obras ajenas, halagándole tal vez la esperanza de que algun dia pudieran crujir las prensas con los escritos propios. Por este tiempo M. Ballue de Bellanglise, antiguo diputado de la asamblea legislativa, abrió en Perona un instituto; allí aprendió Beranger historia y geografía, distinguiéndose especialmente en la oratoria: no admitia la educacion cívica, el estudio del latin, circunstancia que no merecia ser citada si Beranger no se hubiera lamentado repetidas veces de serle totalmente extraña la lengua en que Virgilio y Horacio escribieron sus inmortales obras.

Diez y siete años tenia cuando volvió á París cerca de su padre, y versificaba con mas ó menos donaire cuantas ideas bullian en su mente. Por esta época invade el vasto campo de la amena literatura y gira por su anchuroso recinto, no de otro modo que vaga la oficiosa abeja de flor en flor hasta fijarse en aquella donde liba el jugo que emplea en su maravilloso artefacto. Compone ante todo una comedia titulada *los Hermafroditas*, mas luego que lee á Moliere la arroja al fuego sin mas averiguacion ni consulta. Piensa despues hacer otra tentativa en distinto género y remontándose en alas de su fresca y lozana fantasía sonríe un instante con el pensamiento de escribir un poema. Fugitiva ilusion que destruye en breve la miseria presentándose con su faz raida y descarnada. Segun su cálculo necesitaba mucho tiempo para dar cima á su proyecto, y su absoluta carencia de recursos era el escollo donde venian á estrellarse sus mas risueñas esperanzas.

Continua no obstante haciendo versos sin plan, ni direccion, ni consejo; y bien se comprende su vocacion de poeta cuando no decae de ánimo por mas que el desencanto pugna por enseñorearse de sus sentidos, para marchitar en flor las facultades de su ingenio. En tan lamentable estado adopta Beranger una resolucion decisiva, escribiendo á Luciano Bonaparte una carta, verdadera expresion del amor propio resentido por la necesidad de apelar á un Mecenas para dar á luz sus cantos. Contra sus esperanzas le envia á buscar á los tres dias el hermano del primer cónsul, se informa de su situacion, le anima á proseguir la senda en que se ha lanzado, y le cede la pension que disfruta como miembro del instituto. Desterrado poco despues el príncipe, trata Beranger de publicar un tomo de poesías dedicándoselas á su protector; opónese á ello la censura imperial, y el poeta por un impulso de noble gratitud, prefiere sepultar en la oscuridad sus cantos antes que imprimirlos sin la dedicatoria. Ocasiones habrá tenido de felicitarse de tan hidalga conducta, no solo por lo honrosa que es en el fondo, sino porque la publicacion de un tomo de poesía bucólica en nuestro siglo equivale á un error de fecha; pues como dice un escritor insigne, *ya nadie cree en esos pueblos de pastores que viven en el seno de la inocencia, recreándose en sus ocios á la sombra de las florestas, antes bien sabe todo el mundo que esos cándidos zagales pelean entre sí por robarse sus reses; no están sus cabañas guarnecidas de pámpanos, ni embalsamadas por el perfume de las flores: sofoca en ellas el humo y es insoportable el olor del lacticinio.*

Por los años de 1805 y 1806 forma Beranger parte de la redaccion de *los Anales del Museo*. Alcanza de M. Arnault en 1809 una plaza de oficial en la secretaría de la universidad, con el sueldo de seis mil reales al año, y desde entonces traslada á su vida toda la poesía de su mente. Esta es la época de los festines y de los amores, del contento y del delirio, y de las festivas y bulliciosas canciones con que crujieron las prensas en 1815, cuando ya se entonaban en los cuarteles y en las tabernas, en las ciudades y en las villas. Alguno de sus cantos fué causa de que sus jefes le insinuaran cuán prudente seria abstenerse en lo sucesivo de semejantes publicaciones si no queria perder su empleo. Un hombre del temple de alma de Beranger no podia plegarse á tan significativo consejo; seis años despues dió á luz el segundo tomo, escrito con mas intencion política que el primero, y acordándose de la prevencion amenazadora de sus jefes, en el mismo dia en que se anunció su venta dejó de presentarse en la oficina. Se le hizo comparecer ante un tribunal, allí se le acusó de haber atentado á las costumbres, á la moral pública y religiosa, de haber ultrajado á la persona del monarca, y excitado al pueblo á la desobediencia: el dia en que se vió la causa acudieron desde muy temprano personas de todas clases para lograr un sitio en la audiencia, y no sin grandes esfuerzos abrió la gendarmería paso á Beranger, á través del gentío, hasta el banco de los acusados. Curioso fué ver al abogado rebajar el mérito de su cliente calificándole de cancionero festivo é ingenioso, aunque sin consecuencia, mientras examinando el fiscal la índole de sus canciones las califica con exactitud de ditirambos, de odas llenas de agresion y de audacia. Le condenó el tribunal á quinientos francos de multa y á tres meses de prision en santa Pelagia. Se habia repartido á la puerta del tribunal el dia en que se vió la causa la cancion titulada *despedida del campo* y un himno á *la libertad*, fué lo primero que compuso en su calabozo, completando allí gran parte del tercer tomo de sus canciones, que se publicó sin contratiempo en 1825. No así el cuarto dado á luz en 1829 y por el cual sufrió nueve meses de prision en *la Fuerza*, y una multa de diez mil francos que fué satisfecha por sus parciales. Aguzó mas y mas sus temibles armas en su segundo encierro, y apenas habia trascurrido un año cuando Cárlos X huia de sus antiguos reinos.

En lo mas vivo de la efervescencia republicana de julio, convencido Beranger de que solo una monarquía nueva podia asegurar el triunfo de la libertad, empleó todo su influjo para calmar los ánimos, y presentándose en la asamblea central de la calle de Richelieu, se esforzó en probar que el establecimiento de la república era á la sazon imposible ó á lo menos muy peligroso; y tal era la exasperacion de los espíritus, que á pesar de ser el ídolo de la juventud y del pueblo, estuvo á punto de ser maltratado.

Habiendo contribuido mas que otro alguno al buen éxito de la batalla, rehusó tener parte en los pingües despojos del vencido. Íntimos amigos de Beranger ocuparon las sillas ministeriales, y se mostró siempre sordo á sus ofertas generosas: independiente de carácter tenia por insoportable todo trabajo obligatorio, sin hacer por eso alarde de virtud, sino de pereza, la cual le ha hecho blanco de singulares reconvenciones, segun lo afirma en su despedida del público, cuando dice: «A esta dulcísima pereza atribuyen censores harto rígidos el alejamiento en que me he parapetado de aquellos de mis ilustres amigos que han subido al poder por su desgracia. Haciendo demasiado honor á lo que se complacen en llamar mi buena cabeza; y olvidando cuanto dista el simple buen criterio de la ciencia de los grandes negocios, pretenden esos censores que mis consejos hubieran podido ilustrar á mas de un ministro. A darles crédito, agachado yo detras de la poltrona de terciopelo de nuestros hombres de estado, hubiera conjurado los vientos, desvanecido las tempestades y hecho nadar la Francia en un océano de delicias. Todos tendriamos libertad que revender, ó mas bien que regalar, pues aun no conocemos su valía. Bah! vosotros, mis dos ó tres amigos que tomais á un cancionero por un mágico, ¿no se os ha dicho que el poder es una campana, cuyo vibrante tañido no permite oir ningun otro son al que la echa á vuelo.?»

Beranger ha terminado su vida de cancionero celebrando el triunfo de julio; ha hecho lo que un militar retirado del servicio, que, despues de publicar ardorosas proclamas y frecuentes partes de sus operaciones, alimentándose de recuerdos, se consagra á escribir la historia de sus campañas. Desde 1833 ha vivido solitario, primero en Fontainebleau, y despues en Tours, y por último en Passy, ocupándose en la redaccion de un *Diccionario histórico* en el que consignará gran número de hechos relativos á las notabilidades políticas y literarias que han descollado en Francia en el trascurso de veinte años, juzgándolas con imparcialidad y mesura. Mucho se promete el mundo literario de esta obra, que no debe darse á luz sino despues de la muerte del autor: este, á pesar de su proverbial modestia, la dá bastante importancia cuando alude á ella con estas espresiones: «¿Quién sabe si deberé á esta obra de mi vejez que mi nombre me sobreviva? Seria chistoso que la posteridad dijera: ¡el grave, el juicioso Beranger! ¿Y por qué no?»—«Y en efecto ¿por qué no? añade uno de sus biógrafos hablando de este pasaje, ¿por qué no ha de decir la posteridad á la vez el *inmortal poeta*, el *historiador juicioso*? Cuantos conocen á Beranger, saben que el marrullero anciano se complace en disimular su profundo saber con el mismo esmero que emplearía otro cualquiera en disimular su nulidad Es *un astuto ignorante por el estilo de Montaigne*: al decir de sus amigos y á juzgar por algunos fragmentos sobre asuntos de entidad suma, hay en Beranger la estofa de un historiador, de un filósofo ó de un hombre de estado.»

Nos falta consignar un hecho muy reciente, que es como el complemento de los muchos que acreditan la inmensa popularidad y la excesiva modestia del sublime cancionero. Al celebrarse, no hace un mes todavía, las exequias de Laffitte, acudió Beranger desde su retiro para acompañar á la mansion del descanso al varon eminente de quien dijo en sus obras; *Santiago Laffitte es el único hombre que ha sabido hacer popular la riqueza.* No bien se presentó Beranger entre la fúnebre comitiva, se agolpó la muchedumbre en torno de su carruaje colmándole de bendiciones y dirigiéndole palabras de estimacion y de agradecimiento: lanzáronse en seguida las gentes del pueblo á desenganchar los caballos, y se disputaban el honor de tirar del carruaje de su constante protector y amigo. Sofocado Beranger interpuso sus súplicas para que desistieran de aquel empeño; pero ahogaban su voz las repetidas aclamaciones que vibraban en su oido: por último, no hallando otro medio de impedir aquella ovacion pomposa, saltó con presteza del carruaje, y no sin gran dificultad logró escabullirse entre la muchedumbre y alejarse de aquel sitio. Pocos ejemplos podrán citarse de abnegacion tan cumplida. Nunca ha aceptado condecoraciones, ni ha querido ser miembro de la Academia, y asi se lo escribió á Espartero cuando éste se hallaba en el pináculo de la fortuna, devolviéndole el diploma de la cruz de Cárlos III con que le habia agraciado.

Para terminar estos apuntes diremos algunas palabras acerca del mérito literario de las canciones del célebre poeta.

Mi corazon es un laud colgado;
luego que se le pulsa dá el sonido.

El genio de Beranger es como su corazon, y vibra por todos los tonos segun el punto de donde brotan sus inspiraciones: es poeta erótico, satírico, elegíaco y lírico. Si no hubiera legado á la posteridad mas que

la Bacanal, la Grande orgía y el Cuento verde, hubiera ocupado un puesto al lado de Anacreonte, de Tibulo, de Parny y de Desaugiers. Por mas que digan sus defensores la poesía sensual con todo su númen y su talento rímico, podrá ser saboreada entre el delirio de la embriaguez y de las pasiones; mas en el estado normal pierde mucho de su encanto: la poesía que solo habla á los sentidos, no deja sino una huella efímera y fugitiva: para que la impresion de la poesía sea duradera debe apoyarse en los mas nobles instintos del hombre. No son las poesías sensuales las que le han valido á Beranger su corona de poeta, y aun cuando disculpe á su musa, licenciosa á veces, sosteniendo *que nunca pensó en escribir con sus canciones un libro para la educacion de las señoritas*, es lástima que eso impida á las jóvenes familiarizarse con un poeta que otras veces hace hablar al amor en idioma melodioso, tierno y puro.

Como poeta de ingenio ha forjado con la sátira agudas flechas que recogidas por el pueblo fueron asestadas de lejos y de cerca contra el trono, de manera que cuando este aceptó la lucha vino al suelo en tres dias, y el pueblo entonó el himno victoria.

Sus canciones elegíacas, impregnadas de dulce tristeza, son las poesías queridas de su corazon, como emanadas de su centro. Son admirables la uncion y el sentimiento que resaltan en *las Aves, la Buena Vieja, Regreso á la Patria, las Golondrinas* y *el Cautivo*.

Distínguense por la espontaneidad de la inspiracion sus canciones líricas: Beranger se remonta en ellas hasta las esferas de lo sublime, sin esfuerzo alguno, y como de un salto. Siempre serán citadas como modelo: *El cinco de mayo, Luis Onceno, Mi alma, la antigua Bandera, la santa Alianza de los pueblos* y *el Judío Errante*.

Beranger en fin ha conquistado la inmortalidad con el simple título de cancionero, mientras cree de buena fé que las generaciones futuras, si acaso pronuncian su nombre, habrán de censurarle porque malgastó su vida en escribir canciones.

ANTONIO F. DEL RIO.

SUEÑOS DE SUEÑOS.

Pobre corazon, dormias
Y soñaste que nó amabas
Por Dios que mal te mentias,
Pues aun durmiendo sentias
Que imposibles delirabas.

Mentira fué tu dolor:
Mentira tus desengaños,
Y el que juzgaste rencor
Sabes por fin que fué amor
Perdido entre mil engaños.

Mucho beleño te dieron
Para que tanto durmieras:
Y á fé, cuando te adurmieron,
Que amáras no te dijeron
Cuando á despertar volvieras.

Pobre orgulloso! creiste
Que á ti mismo te bastáras
Y cuando duelos mentistes
Fué preciso, ya lo viste,
Que para llorar, soñáras.

Pues la noche se acabó,
Deja ya tu lamentar,
Porque tanta luz te dió
La aurora, cuando alumbró
Que fué bello el despertar.

Sueño es la vida azaroso
Cuando esclavitud soñamos,
Siempre es camino fragoso,
Mas ya que le hace forzoso
Amor, corazon, partamos.

Cuando el término toquemos
De esta via de dolores,
Aunque amarrados lleguemos,
Yo sé que descansaremos
Con sueños halagadores.

¿Será tambien ilusion,
Tu nuevo gozar? No sé;
Que al filo de la razon
Si has de morir, corazon,
La cuchilla embotaré.

Si para sufrir dormiste,
Para gozar despertaste,
Vé si ventura te asiste,
Que á nadie contar oíste
Los fueros que tú gozaste.

Necia es la ciencia importuna
Que busca tristes verdades
Si poseerla es fortuna,
No quiero saber ninguna
De tamañas realidades.

Saber, que fingen propicio
Antojos de vanidad,
No es lejano precipicio...
Corazon, da en sacrificio
A tal saber su verdad.

Y no esperes y no temas;
Que es bien necio el presumir
De vanidades estremas
Ceñirse con cien diademas,
Que jamás han de lucir.

Por su propia aclamacion
El hombre se sueña Rey;
Y el cetro de adulacion
Tú le rompes; corazon
Por ser la primera ley.

Impera, impera; que es tuyo
El mundo, que en torno ves:
Si la vida sueño es,
Dále al sueño lo que es suyo
Para despertar despues.

Deja correr la balanza
De tus mundanos empeños.
Y mientras tu amor avanza,
Di al temor y á la esperanza
Que dejen sueños de sueños.

GABINO TEJADO.

ESPATOLINO.

XIII.

Cuando llegó el curandero en cuya busca habia salido por la noche el hijo del Silencioso, la enferma se encontraba libre de calentura, y un ligero calmante que le administró contribuyó eficazmente á adelantar su mejoría. Espatolino sin embargo no daba muestras de la alegría que debia causarle tan favorable mudanza: su semblante torvo y desencajado, llevaba el sello de un profundo y secreto dolor, que en vano procuraba encubrir bajo forzada sonrisa.

La salida del sol habia sido acompañada de un recio aguacero; pero la atmósfera purificada por la lluvia permitió al dia ostentarse mas sereno y hermoso. La temperatura era suave; el aire puro; todo contribuia al alivio de la jóven doliente, cuyo pecho respiraba en efecto con libertad, mientras sus ojos se fijaban en su esposo con dulcísima ternura.

—Amigo mio, le dijo, me siento mejor, mucho mejor: disipa tus inquietudes, pues padezco al notar en tu semblante la huella dolorosa de las penas que te causo.

—Estoy tranquilo: soy feliz: respondió el bandido con acento que le desmentia.

—Escucha: he estado tan trastornada; tengo aun tanta debilidad y confusion en la cabeza; que no acierto á distinguir la verdad de la mentira: no sé qué cosas he soñado durante la fiebre, y cuáles me han pasado realmente. Solo me acuerdo con claridad de que esperábamos una carta de Roma... ¡una sentencia de vida ó de muerte! Todo lo posterior se me presenta oscuro: tengo no sé qué ideas de traicion, de muertes... se me figura que recibimos tu indulto, pero que fué revocado en seguida; porque te exigian por precio de él que entregases á tus pobres compañeros, que aunque muy criminales te aman como á padre: tú te negaste y entonces... te condenaron á ti! Todas estas cosas habrán sido imágenes del delirio, ¿no es cierto?

—No todo, vida mia, respondió Espatolino. Cuando tu salud se encuentre completamente restablecida, te explicaré los varios acontecimientos de la terrible noche que acabamos de pasar. Por ahora solo te conviene saber que antes que concluya el dia debo avistarme con Rótoli, y que tengo grandes esperanzas de conseguir mi indulto sin comprarlo á precio de la vida de *amigos leales*.

Al pronunciar las últimas palabras una sonrisa amarga y convulsiva contrajo momentáneamente sus labios; pero Anunziata no reparó en ella y levantó los ojos al cielo con una expresion inefable de gratitud, mientras apretaba contra su seno las manos de su marido.

—Dios es piadoso, dijo, y los hombres no son tan malos como ha juzgado tu resentimiento.

—Sí, Dios es piadoso, repitió el bandolero con indefinible gesto, y los hombres me han dado una nueva prueba de su bondad.

A las diez de la mañana despidió Espatolino al Esculapio, pagándole generosamente, y mandó llamar á Roberto. Presentóse *il fulmine* con aspecto receloso; pero debieron tranquilizarle las primeras palabras del jefe.

—Hace cuarenta y tantas horas que regresásteis de la correría que hicísteis cumpliendo mis órdenes, le dijo, y no habia podido todavía veros ni hablaros. No ignorareis que aunque tuve la dicha de encontrar á mi esposa, fué amargada por el disgusto de una enfermedad que ha padecido y de la que, gracias al cielo, ha cesado ya completamente el peligro. Libre mi corazon del cuidado que le ocupaba he pensado en vosotros, amigos fieles y bondadosos, que tomais una parte en todos mis pesares, y que habeis estado en triste inaccion durante las amargas horas en que el riesgo en que miraba una existencia querida me ha impedido atender á mis obligaciones de capitan. Os debo mil gracias por la indulgencia que concedeis á la única debilidad de mi vida, y mientras dispongo alguna expedicion que nos compense del tiempo perdido, quiero que festejeis el restablecimiento de mi mujer con un banquete opíparo, cuyos gastos corren por mi cuenta. Toma este bolsillo, Roberto: haz traer á esta casa lo mejor y mas delicado que pueda encontrarse en los lugares de la cercanía, y dispon una cena para esta noche digna de vuestro habitual apetito y de mi munificencia. Yo tengo que ocuparme en asuntos graves de conveniencia para la cuadrilla: os permito celebrar la fiesta sin esperarme, reservándome el derecho de sorprenderos cuando menos lo penseis, para echar algunos tragos con vosotros, brindando por la salud de mi esposa y por vuestra lealtad, nunca desmentida.

Oyendo hablar así á Espatolino, cuya voz inse-

gura y demudado semblante eran en su concepto indicios evidentes de lo mucho que habia padecido en la dolencia de su mujer, experimentó Roberto una emocion invencible, mezcla de confusion, de remordimiento y de vergüenza por su propia debilidad, que de tal calificaba la impresion que sentia. Tomó con repugnancia el bolsillo que le alargaba Espatolino, y murmuró bajando los ojos y con señales de timidez, que contrastaban admirablemente con los rasgos groseros y atrevidos de su figura hercúlea.

—Hemos sentido mucho vuestra conducta, capitan... todos os queriamos bien... no sé si los compañeros estarán dispuestos á... en fin, haremos lo que mandeis.

—Temblaron los labios de Espatolino al responder.

—Bien! dispon como te he ordenado una abundante cena á los camaradas, y no les escasees los mejores vinos. Hablaremos despues. *Baleno*, que es muy listo, puede encargarse de las provisiones.

—Es que... Baleno no está aquí, dijo con voz casi ininteligible *il fulmine*.

—¿Dónde ha ido? preguntó el capitan mirándole de hito en hito.

Hubo entonces un instante en que dominado el teniente por el antiguo influjo que ejercia en su corazon Espatolino, por la turbacion de su culpa y acaso tambien por un sentimiento de generosidad, que no estaba extinguido completamente en su alma, estuvo á punto de arrojarse á los pies de su víctima y confesárselo todo. Comprendiólo Espatolino, y á su pesar se sintió conmovido. Tambien él se halló entonces impulsado á renunciar un pérfido disimulo, á indignarse, á reconvenir... á perdonar acaso!

Uno y otro bandido batallaron un momento con aquellos secretos deseos, y ambos consiguieron sofocarlos.

—Baleno ha ido á hacer algunas compras en Albano, dijo Roberto.

—Sentiré que no participe del festin, respondió con diabólica sonrisa Espatolino; pero espero que los demas no desairareis mi obsequio, y que me guardeis una copa.

—Se hará como lo deseais, capitan.

—Pondreis la mesa en la sala que está al extremo opuesto: mi mujer aun se encuentra muy débil y el ruido pudiera molestarla.

Roberto se retiró y Espatolino volvió junto á la enferma.

Dormia apaciblemente, envuelta entre pieles de armiño, cuya blancura no superaba á la de su rostro pálido. Espatolino contempló largo rato su tranquilo descanso, besando repetidas veces las trenzas de ébano de su suelta cabellera. ¡Ella al menos será feliz! murmuraba algunas veces. ¿Qué importa que mi corazon conserve abiertas heridas incurables?

Pietro entraba frecuentemente en la alcoba, seguido de Rotolini que jamás se le apartaba.

Una de las veces que se presentó, dijo á Espatolino.

—Capitan, *il Silenzioso* acaba de volver de Roma con esta carta para vos. El pobre viejo ha pasado un buen susto, pues tropezó en el camino con un cadáver todavía caliente y tuvo que alejarse á toda brida, por temor que llegasen gentes y le creyesen autor de aquella muerte. Lo mas extraño del caso es que, segun afirma, el difunto se parecia á Baleno como un huevo á otro.

—A quién ha comunicado esa observacion? preguntó con alterado rostro el capitan.

—A mí solamente.

—Corre y díle que le prohibo desplegar los lábios en todo el dia de hoy.

—Poco le costará, dijo Pietro al salir, asi como asi él no habla sino cuando muere un papa.

—¡Bien, *occhio linceo*! dijo Espatolino al abrir la carta que el hijo de Giuseppe le habia dejado. Ya sabia yo que tu vista era perspicaz y tu brazo certero.

La carta de Rótoli solo contenia esta línea de su mano.

«Estaré á las siete en el paraje que me indicais.»

Espatolino miró su reloj.—Son las cinco, dijo. Aun hay que aguardar dos horas!

Paseóse agitado por el aposento: se asomó á un balcon para respirar la brisa de la tarde, porque sus fauces estaban secas: luego se puso al cinto su puñal y un par de pistolas, y esperó junto á la cama de su mujer el momento oportuno de acudir á la cita.

A las seis estaba ya la tarde bastante oscura. Las sombras de la noche iban descendiendo rápidamente; pero el cielo continuaba despejado y el tiempo apacible.

El bandido imprimió un largo beso en la frente de su esposa, ordenó á Pietro que no se apartase de su cabecera, salió de la casa del *Silenzioso*, y montando en su alazan tomó á paso igual el camino de Roma.

Tenia que andar tres millas y media para llegar al paraje de la cita; pero aquella distancia era nada para *lento rápido*, cuya impaciencia moderaba trabajosamente su dueño, obligándole á mantenerse en un trote reposado.

La luna, que estaba en sus primeros dias, no tardó en ostentar su semi-círculo luminoso sobre el azul sereno del firmamento. Aquella claridad débil y melancólica, cobraba cierto carácter fantástico é indefinible al alumbrar las ruinas de los sepulcros, que abundan en la ruta de Gensano á Roma.

Pensamiento extraño y grave era el de los antiguos, al decorar los caminos con monumentos mortuorios!....

Ninguna impresion triste y solemne es comparable á la que produce la vista de aquellas tumbas, alumbradas por la luna, cuyos pálidos resplandores reflejan en los mármoles en que parecen dibujar sombras vagas y vaporosas.

Aquellas líneas arquitectónicas; aquellas pilastras que ha mutilado el tiempo; aquellas inscripciones borradas; aquellas alegorías que son ya incomprensibles... todo en fin, en lo que resta de aquellos suntuosos templos de la muerte, produce en el ánimo un sentimiento profundo.

Los últimos monumentos del orgullo humano se presentan allí en ruinas; y parece que el ángel de la destruccion tremola su fúnebre bandera sobre los escombros de las mismas obras que le fueron consagradas, arrebatando al hombre hasta el triste consuelo de dejar un testimonio de su fragilidad.

Espatolino, abandonando las bridas de su caballo, se entregaba á pensamientos tan severos y lúgubres como los objetos que le rodeaban.

Apartándose un poco del camino real, hácia la derecha, se encuentran algunas ruinas mejor conservadas que las otras. Son dos tumbas circulares que debieron de ser suntuosas. En la época de nuestra historia todavía se veian en una de ellas dos bellas estatuas, representando al tiempo en la actitud de descargar su hoz y al genio de los recuerdos recogiendo sus despojos. El tiempo habia destruido la cabeza de su propia imágen, y al genio de los recuerdos le faltaban ya las manos.

Aquel era el paraje designado por Espatolino á Rótoli, y bajándose del caballo que ató al tronco de una columna mutilada, sentóse en un pedestal vacío, y tendió una mirada triste á su alrededor.

En presencia de tantos símbolos de la muerte, de tantos testimonios de la miseria humana, preguntábase á sí mismo el bandido si merecia odio y venganza un sér fragil y pasajero: si no era un espectáculo lastimoso y risible ver al hombre en lucha con el hombre.

El galope compasado de un caballo que evidentemente se iba acercando, le sacó de sus graves pensamientos. Púsose en pié y llevó la mano á una de las pistolas que tenia en el cinto. El caballo se paró; el ginete echando pié á tierra se adelantó solo hácia las ruinas, y un buho dejó oir en el mismo instante su fatídica voz.

—¡Pájaro maldito! dijo estremeciéndose el bandolero. ¿Siempre me has de perseguir?

—¿Quién va? preguntó luego al hombre que se acercaba.

—Angelo Rótoli, respondió la conocida voz del esbirro.

Espatolino tendió en cuanto alcanzaba su vista una mirada recelosa, pero nada descubrió: Angelo venia verdaderamente solo.

Calmado su primer impulso de desconfianza adelantóse el bandido á encontrar al agente.—Bien venido seais, señor Rótoli, le dijo tendiéndole la mano. Apretósela cordialmente éste, y fué á sentarse sin ceremonia sobre un trozo de ruinas. El bandolero volvió á mirar á todos lados prestando al mismo tiempo la mayor atencion: pero el silencio y la soledad eran igualmente profundos.

—Ya veis la exactitud con que acudo á vuestro llamamiento, dijo Rótoli, y con ello os doy una prueba notoria del interés que tomo en vuestra suerte, y de la sinceridad con que os he perdonado. Sois marido de mi perla y tal título os concede un derecho á mi cariño, que halla por otra parte sobrado apoyo en los recuerdos que conservo de la buena amistad que en tiempos no remotos os he merecido.

—Y que os profeso aun, señor Angelo, respondió Espatolino. El amor me condujo á una accion de la que sin duda podeis justísimamente reconvenirme; pero estoy dispuesto á repararla con cuanto alcance mi entendimiento, ó vos me indiqueis.

—Os creo, sois mejor de lo que opina el vulgo, repuso el agente: pero hablemos de vuestro asunto. ¿Habeis reflexionado en lo que exige de vos el gobierno?

—Solo quisiera saber si accediendo á sus deseos tengo seguro mi indulto.

—Tan seguro que mas no puede ser, dijo el agente. Asi me asegurasen á mi la gloria eterna! Tengo la palabra de honor de personas muy respetables: me consta que el gobierno ha discutido con detencion este negocio, y que se ha determinado solemnemente concederos el perdon, con tal que os prestaseis al servicio que reclama de vos.

—Si se trata de capturar toda la banda de que he sido jefe, observó Espatolino, os juro que no me es posible, aun cuando quiera, satisfacer al gobierno. Mi gente está diseminada, y solo puedo entregar á ocho individuos que se hallan conmigo.

—Pensais que no habia previsto eso mismo? replicó Angelo. Cuando se me habló de la condicion aneja á vuestro indulto, hice observar que rara vez teniais junta toda vuestra gente, y que os seria dificil conseguirlo de pronto y sin despertar sus sospechas. Hice presente que faltándole vos y haciendo un escarmiento con los pocos que podriais entregar á la justicia, la cuadrilla no tardaria en disolverse, ó el gobierno en aniquilarla. Pesadas mis razones, el gobierno declaró que vuestro perdon seria firmado tan luego como estuviesen en poder de la justicia los bandidos que os acompañan, sea cual fuere su número.

—Os advierto, señor Angelo, dijo Espatolino fijando una mirada escrutadora en los ojos del esbirro, que si abusando de la fé con que os escucho me hiciéseis caer en algun lazo, no gozaríais del triunfo de vuestra traicion. Tengo dos pistolas en el cinto y no podríais componeros de manera que os libráseis de una bala al primer indicio de felonía.

Rótoli no se alteró. Su rostro, que alumbraba la luna, tenia mas pronunciada que de costumbre aquella su expresion zalamera y taimada. Rióse de los recelos que expresaba su interlocutor y dijo en tono festivo.—Muy ducho habria de ser el que pudiera pegárosla: sois zorro viejo, amigo Espatolino, y hartas veces me lo habeis probado.

La serenidad de Angelo disipó la desconfianza del bandolero.—Os he juzgado mal, dijo tendiéndole la mano con un aire de franqueza y sinceridad que hasta entonces no habia tenido. Seamos amigos, señor Angelo.

—De todo corazon, sobrino... porque lo sois ya: sois mi sobrino mal que me pese. En fin, ya no hay remedio, y espero que hareis dichosa á mi perla puesto que os resolveis á ser hombre de bien.

—Ah, sí! exclamó con exaltacion Espatolino: será dichosa, no lo dudeis: y vos tambien, señor Angelo, y mi hijo... porque soy padre... sí, amigo mio: soy padre! Todos sereis felices, pues tal es mi voluntad, tal mi única ambicion, y el interés absoluto y exclusivo de mi vida. Para vosotros mis riquezas, mi corazon, mi alma... todo! No habrá cosa que no emprenda, ni sacrificios que no haga para aseguraros una existencia feliz.

Angelo se sintió turbado... mas aun, se sintió enternecido. En honor de la humanidad es preciso confesar que no existe alma tan mal organizada ó tan encallecida, que no tenga todavía algunos puntos sensibles á las emociones generosas.

Reinó un instante de recíproco silencio que rompió Espatolino diciendo:—Ea, pues! no hay tiempo que perder: acudid á la justicia de Gensano: no fal-

tarán veinte hombres en el pueblo que se pongan á vuestra disposicion: y digo veinte, porque aunque mis camaradas son solamente nueve, cada uno de ellos vale por dos paisanos, aun estando sin armas y borrachos, como espero que estarán.

El recuerdo que hacia del valor de sus compañeros arrancó un suspiro al bandolero, y murmuró con amargura aquella exclamacion, que con tanta frecuencia se le venia á la boca desde que supo el pérfido complot tramado contra él.—*Traditori*!

—Es inútil molestar á la gente pacífica del lugar, respondió Rótoli poniéndose en pié. Comprendí por vuestra cita que estábais dispuesto á aceptar la condicion del gobierno, y para evitar entorpecimientos traje conmigo una manga de gendarmes. No seria yo por cierto quien se atreviese á acometer á vuestros leoncitos con paisanos cobardes, que tiemblan á la sola vista de sus bigotes. He venido aquí solo, para daros una prueba de confianza y de obediencia á vuestras órdenes; pero si no teneis inconveniente llamaré á la tropa que se ha quedado á alguna distancia esperándome.

Despertóse de nuevo la desconfianza de Espatolino, y asiendo con su férrea mano un brazo del esbirro.—Pensad en lo que os dije, exclamó: vuestra vida responde de mi seguridad.

—Dejaos de amenazas tontas, dijo con impaciencia Angelo. Si teneis miedo de los gendarmes ¿hay mas que no llamarlos? Encargaos vos de capturar á vuestra gente y mandadla á entregar con quien mejor os parezca, puesto que os merezco menos confianza que cualquier otro.

Soltóle el brazo Espatolino, y casi avergonzado de unos recelos que no tenian aun fundamento alguno, dijo.—Perdonadme! los hombres me han abierto esta llaga incurable en el corazon: esta triste desconfianza es una enfermedad del alma, de la que soy deudor á ellos. Llamad, señor Angelo, á los gendarmes.

—Juradme antes que no volvereis á sospechar de mi: de otro modo no los llamaré á fé mia. Conozco vuestro genio de pólvora, y si tuviérais el antojo de imaginar que os engañaba, me regalaríais una bala con la frescura del mundo. Os digo que vale mas que busqueis vos mismo quien os ayude á prender á vuestros hombres, y que mandeis me los entreguen en Gensano, donde esperaré con los gendarmes.

—A quién he de buscar? Perdonadme os repito, señor Angelo: os juro que estoy avergonzado de los temores que os he mostrado, y que confio ciegamente en vuestra lealtad.

—Eso lo decís ahora: apenas os vuelvan los vapores de cavilacion, que suelen subiros al cerebro, tornareis á creerme capaz de todas las infamias. Yo os empeño solemnemente mi palabra de honor al aseguraros que nada teneis que temer; pero qué vale para vos una palabra de honor?... No, amigo Espatolino, os digo seriamente que no quiero tomar á mi cargo esta peligrosa comision. No estoy tan aburrido de mi vida que la ponga en vuestras manos, sujeta á los arrebatos de vuestra loca suspicacia. Id con Dios, y contad conmigo para todo aquello en que pueda serviros mi inutilidad, menos para esto.

—Y qué, Rótoli! rehusareis cumplir las órdenes del gobierno y vuestras obligaciones? Os entrego á mis compañeros y rehusais capturarlos?

—Ni el gobierno ni mi oficio me imponen el deber de dejarme matar por un loco. Loco, sí, Espatolino, loco estais; pues solo asi pudiérais pensar que yo tuviese el alma tan negra que hiciese una traicion infame al marido de mi Anunziata: mi perla!

—¿Con que solo temeis?...

—Vuestros arrebatos, ya lo he dicho antes. Llevais un par de pistolas y un puñal: en la menor cosa os figuraríais descubrir un indicio de traicion: el miedo os haria ver fantasmas...

—El miedo! interrumpió con desdeñosa sonrisa el bandolero. Y bien! Tranquilizaos, Rótoli.

Concluyendo estas palabras disparó al aire entrambas pistolas, y volviéndoselas á colocar con calma en el cinto añadió:—Ya estoy completamente á vuestra disposicion.

—Teneis un puñal, dijo el esbirro moviendo la cabeza.

—Tomadlo! estais ya tranquilo?

—Falta que lo esteis vos: no quiero hacer nada sin que me jureis que teneis una entera confianza en mi palabra.

—Sí, la tengo, os la juro. De hombres en quienes confiaba he recibido costosos desengaños: ¿por qué no he de creer que he padecido otro error al juzgaros? Estoy en vuestras manos, señor Angelo, y me entrego sin reservarme ningun recurso.

—No os arrepentireis, dijo el esbirro, y llevando á sus labios un silbato, que sacó del bolsillo de su chaleco, hizo salir de él un prolongado sonido.

—Ola! dijo Espatolino frunciendo el entrecejo: ¿teníais convenida con ellos esa señal? Sois muy prudente, señor Angelo!

—Y vos muy malicioso, señor Espatolino! Acordaos que me habeis prometido una entera confianza.

—Teneis razon! dijo con amarga sonrisa el bandido. Ea! añadió tirando al aire su sombrero y sacudiendo su cabellera negra y espesa: cúmplase la suerte! me entrego á vos, Rótoli, como al inexorable destino.

Un minuto despues apareció una gruesa manga de gendarmes y el esbirro dijo volviéndose á Espatolino:

—Cuando gusteis, sobrino.

—Vamos allá, respondió.

Segunda vez volvió á oirse, aunque á mayor distancia, el fúnebre graznido del buho.

¡Basta, ave de muerte! dijo con impaciencia el bandolero. No digas mas, que ya te he comprendido.

XIV.

Los bandidos se prestaron á celebrar el banquete mandado por Espatolino, no ciertamente porque tuviesen la esperanza de divertirse á costa de su víctima, sino por efecto mas bien de un hábito de obediencia á sus órdenes.

Por encallecidos que tuvieran aquellos corazones, la idea de aceptar un obsequio del mismo á quien vendian, les causaba cierta repugnancia que solo pudo ser sofocada por los vapores del vino.

Los nómades selváticos tenian esta notable desventaja respecto á los hombres de la sociedad. Salteadores de los caminos públicos, gente sin ley ni vínculos convencionales, conservaban sin embargo un instinto natural que rechazaba la perfidia. Capaces de todos los crímenes crueles, no podian aceptar la bajeza de la mentira; y sus manos que se lavaban diariamente en sangre, temblaban al recibir un beneficio espontáneo de la de un hombre engañado.

En este punto estaban los foragidos, como ya hemos dicho, mucho mas atrasados que los *hombres de bien*. Los vagabundos sin ley hubieran podido tomar lecciones de aquellos individuos civilizados, que para todo tienen una; que profesan principios y proclaman máximas. Ellos les hubieran enseñado á sonreir con halago al amigo á quien se vende; á beber en su copa; á comer en su mesa. Ellos les hubieran mostrado cuánto mas seguro es el golpe de la mano, cuando fascina un rostro traidor á la desprevenida víctima.

Los hijos de las selvas llamaban cobardía y mentira, lo que entre las gentes cultas se determina mas decorosamente con el nombre de *habilidad* y *disimulo*: porque la ferocidad bien puede ser fruto de instintos brutales que no han recibido ningun género de modificacion, y por eso no es extraña entre los hombres incultos; pero solo en la sociedad se encuentra aclimatada la perfidia.

—¡Qué lástima! decia Roberto llenando por la vigésima vez su ancha copa de plata: ¡qué lástima que no esté aquí *Baleno*, para que nos cantase alguna de sus barquerolas sicilianas!... Sabeis, compañeros, que ya tarda demasiado el pobre mozo? ¿Si le habrá echado el guante la justicia?...

—Cáa! habia la justicia de hacer esa injusticia! ¿Y el bando?... ¿habia de desmentir el bando?

—*Baleno* es un poco ligero de cascos: se habrá encontrado por el camino con alguna chicuela de ojos negros, y á Dios comision.

—Esa hipótesis es absurda. El negocio es demasiado importante para que ni todas las chicas del mundo lograsen hacérselo olvidar á Baleno.

—Su tardanza me parece á mí muy natural: la justicia estará tomando sus medidas. Pues qué! no hay mas que llegar y besar el santo?

—Bebamos, pues, á la salud de Baleno, y por el buen éxito de la negociacion.

—Tienes un corazon de demonio, Giacomo: ¿te atreverias á hacer semejante brindis?

—Y porqué nó?

—Beberias por la muerte del que nos regala el vino?

—¡Y qué bueno es, camaradas! Otra copa: llenad todos... tú tambien, melancólico *Irta chioma*. ¿Qué te parece el vinillo?... esto es de lo bueno: de lo mas escogido de *monte Giove*.

—¿Por quién se brinda? acabemos!

—Ya está dicho: por Baleno y por el buen resultado de su comision.

—Yo no respondo á ese brindis.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni nadie, voto al diablo!... ¿Qué necesidad tenemos de acordarnos ahora de ese negocio? Lo hecho hecho; pero que no se mencione aquí.

—Bien dicho, *Fulmine*! seria una infamia hacer con el vino de Espatolino un brindis por su sangre. ¡Pobre capitan!

—Ea! cuidado con nombrar así al criminal. Nosotros no somos capaces de entregar á nuestro capitan: antes de proceder á esa... á esa... *justicia*, le habemos degradado de su rango.

—El lo ignora.

—Es verdad!... bien á pesar mio se sigue tan mal sistema. Valía mas haberle dicho claramente:—has delinquido y vamos á castigarte.

—Se hubiera escapado.

—No; porque para eso hay cadenas y grillos.

—Cadenas y grillos!... ¡A Espatolino! Que haga eso la justicia: lo que es yo jamás me hubiera atrevido á poner las manos sobre él.

—Tiene razon *Irta chioma*. ¿Quién habia de tener alma para aprisionar á Espatolino? Camaradas! yo fuí de los primeros que voté en su contra; pero no puedo menos de confesar que ha sido un valiente.

—Eso quién lo niega, voto á Judas! yo *Roberto il fulmine*, arrancaria la lengua á quien á tanto se atreviese.

—Que era valiente es indudable; pero... no quisiera aventurar una acusacion, aunque tengo datos en que apoyarla.

—Dí, dí, Giacomo! exclamaron á la vez todos los bandidos.

—Oyes, tú, el de la cabecera de la mesa; dame ese plato de ternera. Pues bien, decia que no cabe duda respecto al valor del que ha sido nuestro jefe; pero que es reo de un delito que merece cien veces la muerte.

—Quién lo duda! pues no ha de ser delito tenernos dias y dias, mano sobre mano; anunciarnos grandes empresas, y venir á parar tanta bambolla en hacernos correr tras una mozuela!

—Pues digo que no es ese su mayor crímen.

—¡Cómo! has descubierto algun otro, Giacomo?

—Amigos! tengo por tan cierto que Espatolino no cree en Dios ni en la Madonna, como dos y dos son cuatro.

—¡No cree en Dios ni en la Madonna! gritaron con horror los bandidos.

—Escuchadme! por mas que procurase fascinarnos reservando lo mejor del botin para nuestra *divina protectora*, le he visto reirse con disimulo de nuestra devocion, y en cierto dia ... no sé cómo decirlo, camaradas.

—Habla, Giacomo, habla sin empacho.

—Es que la cosa es escandalosa... horrible. En fin, lo diré pidiendo perdon á la santísima madre de Dios, por las palabras que voy á proferir. Un dia en que se enojó conmigo me tiró una imágen de la divina señora, y cuando se la devolví haciéndole observar su desacato, dijo... ¡es un judío, camaradas!... dijo una cosa impía contra aquella efigie sagrada. Callo, aunque pudiera decir muchas cosas.—Giacomo, si eso es verdad, tienes razon en decir que merece cien muertes.

—Es un sacrílego!... amigos, hacemos un bien á su alma en proporcionarle morir ahorcado. Esa muerte atroz le servirá de expiacion y podrá entrar en el cielo.

—Es verdad, Roberto. ¿Quién habia de imaginar que Espatolino no creyese en Dios?

—Haber tenido por jefe á un impío!.. Amigos

ahora me admiro de que hayamos salido con bien de nuestras empresas.

—Eso porque la *Madonna* procuraba por tales medios atraerle al buen camino. La fortuna que le concedia era un llamamiento á su corazon.

—Ingrato! y no creia en ella!

—Pues lo que es yo, tengo para mí que su fortuna no venia de arriba. Que me asen en unas parrillas, como á san Lorenzo, si el diablo no tenia su parte en ella.

—El diablo!... que el bienaventurado san Giovanni tenga piedad de nosotros!

—Giacomo, no hables mas de esas cosas. Mira qué pernil tan apetitoso. Comamos y bebamos, camaradas!

—Sea! brindemos por la castísima Madonna!

—Brindemos.

—Ahora por los pobres extranjeros que matamos á la entrada de *Nettuno*.

—Deja en paz á los muertos. Bebamos por *Occhio linceo*, que enfermó anoche y salió esta mañana para consultar á un médico.

—Cá! tan enfermo está como yo. Se escapó porque no queria ser de *los indultados*.

—Decid mas bien de *los traidores*.

—*Irta chioma*!

—No hay que hacerle caso: ¿no veis cómo le bailan los ojos? Está borracho.

—Señores, ahora que me acuerdo: ¿no brindaremos por la persona en cuyo obsequio se celebra la fiesta?

—Por la mujer de Espatolino?

—Es claro.

—¿Qué inconveniente hay? Bebamos! Basta con castigar al marido de las faltas en que ha incurrido por amor á ella.

—Y por quién mejor pudiéramos vaciar una copa? dijo *Irta chioma*. Es hermosa como una tarde de otoño.

—¡Já! ¡já! ¡sublime comparacion!

—Es exacta, Roberto, por mas que te burles. La mujer del pobre Espatolino estaba en su balcon ayer tarde, y me chocó la semejanza que noté entre aquellas dos cosas tan diferentes en la apariencia: la tarde y la mujer! Pero ambas estaban bellas, pálidas y tristes. La hermosura de la jóven parecia tan marchita como la vegetacion del otoño; y era su mirada tibia, dulce y melancólica, como la luz de la tarde.

—Compañeros, está visto que *Irta chioma* ha de venir á parar en poeta.

—Es que está enamorado como un tonto.

—Lo mismo dá: pero escucha, *pastor fido*; tú, mas que ninguno, puedes sacar utilidad de lo que llamas traicion. Anunciata quedará viuda... ya me entiendes.

—Y qué! Se me antoja que esa chica es del número de aquellas que cuando se encaprichan por uno no hay que pensar en sacar partido de ellas. Ademas, lo que yo siento es una cosa tan particular!... Algunas veces cuando la veo me dan tentaciones de ponerme de rodillas y besar sus pies; pero... ¡cosa rara! no sé si tendria placer en darla un beso en los labios.

—Eso se llama un amor respetuoso: bebamos por el castísimo *Irta chioma*.

—Bebamos!

El diálogo de los bandidos giró desde aquel momento sobre cosas de tal naturaleza, que no nos permite la decencia repetir ni imitar su lenguaje: los vapores del vino exaltaban mas y mas sus cerebros, y la francachela iba tomando un carácter verdaderamente bacanal, cuando un silbido agudo y prolongado se dejó oir del otro lado de la puerta, que estaba cerrada por dentro.

—Quién? exclamaron á la vez cinco ó seis voces, alteradas por la bebida.

—Espatolino, respondió el conocido acento del capitan.

—Espatolino! repitieron los bandoleros poniéndose en pie por un antiguo hábito de respeto.

—Ea, señores, dijo Giacomo: no hay que hacer adulaciones: es un igual: sentémonos y que uno solo vaya á abrirle.

—Yó! exclamó *Irta chioma* que era el menos borracho, y encaminándose á la puerta volvieron los otros á sentarse.

Entró Espatolino: su rostro estaba extremadamente pálido: nada indicaba en su aspecto que aquel hombre, de pasiones implacables, se saborease con el triunfo de su venganza.

Adelantóse hácia la mesa con aire casi despavorido, y Roberto le dijo.—Hé aquí tú copa, camarada! propón el brindis que quieras, con tal que no sea uno de los que me anunciastes esta mañana. Querias beber por tus *amigos leales*; pero nadie puede saber si los tiene... piensa otro brindis y *te haremos la razon*.

—Bien! dijo Espatolino con acento lúgubre: bebo por los traidores, porque creo que hay aquí mas de los que vuestra conciencia delata.

En el mismo instante llenóse la sala de gendarmes, que cayeron sobre los bandidos antes de que hubieran tenido tiempo para moverse.

Al verlos Espatolino como buitres encima de su presa, al oir los furiosos clamores de sus camaradas, una sensacion dolorosa le obligó á apartar los ojos de aquel espectáculo, y quiso alejarse algunos pasos. ¡En vano! sintióse al punto asido fuertemente por entrambos brazos, y viéndose desarmado conoció que era inútil la resistencia.

Los gendarmes le aseguraron sin demora con gruesas cuerdas, y buscando con los ojos á Rótoli vióle Espatolino frente á frente de él, con aquella sonrisa satánica única expresion de su odio satisfecho.

—Hé aquí lo que significa la palabra de honor de un esbirro! dijo lanzándole una mirada de profundo desprecio.

—Nada temais, respondió con impavidez Rótoli: esta es una mera ceremonia y mañana estareis libre.

Desapareció apenas pronunció estas palabras, y los gendarmes comenzaron á sacar á sus víctimas, obligándolas á andar con brutales empellones.

Para evitar igual ultraje apresuróse Espatolino á dejar la estancia, acompañado de los numerosos gendarmes que le cercaban, y á los que rogó cortesmente procurasen no causar mucho ruido para que su mujer ignorase, si era posible, aquel infausto acontecimiento.

Los gendarmes solo respondieron con groseras burlas, pero escuchóse la voz de Rótoli que decia.—No os inquieteis por vuestra esposa, señor Espatolino, que ya he dado mis disposiciones respecto á ella.

—Venciendo el bandido su repugnancia le dió gracias y aun pudo añadir.—Creo, señor Angelo, que con ella no sereis inhumano: está enferma y es vuestra sobrina... tened piedad de la desgraciada y... os perdonaré vuestra traicion.

—Ni con ella ni con vos haré otra cosa que lo que mi conciencia me dicte, respondió sonriendo el esbirro. Algunos gemidos lamentables llegaron al punto mismo á los oidos de Espatolino, y dirigiendo su mirada ansiosa hácia el paraje de donde salian, distinguió á Anunziata medio desnuda, desmelenada, en medio de seis gendarmes. Aquel fué sin duda su dolor supremo!

Rugidos que en nada se asemejaban al humano acento salieron entonces de su pecho, y haciendo desesperados esfuerzos intentó romper sus ligaduras: pero fué en balde! solo consiguió ensangrentar sus brazos y agotar sus fuerzas. Cansado de insultar á Rótoli y á los gendarmes, de prodigar blasfemias y maldiciones, de pedir la muerte y de revolverse furioso entre las cuerdas que le sujetaban, recurrió por último á las súplicas. Aquella alma soberbia era capaz de la abnegacion de sí misma, por amor á Anunziata.

—Señor Angelo! dijo: bastante teneis con mi muerte: compadeced á esa débil criatura. ¡Es madre! yo os imploro á favor de un inocente que comienza á vivir en su seno. Saciad en mi vuestro odio: hacedme sufrir los martirios mas horrorosos... todo lo merezco! pero ella!... ella no es culpable!... yo la seduje... yo la arranqué violentamente de vuestra casa... es vuestra sangre! Tened lástima de ella en memoria de su madre: de vuestra hermana!

Rótoli se acercó á la jóven que parecia próxima á morir, tal era su desfallecimiento y angustia. Quitóse su ferreruelo, y abrigándola con él ordenó que la colocasen en un caballo, á cuya grupa ofreció colocarse él mismo para sostenerla.

Mientras esto decia le presentaron á Pietro, al Silencioso y á su mujer: el hijo tuvo la fortuna de poder evadirse.

—Aseguradlos bien, dijo Angelo; sobre todo á ese perillan que ya una vez ha dado chasco al verdugo: pero ahora no se escapará.

Tomadas las necesarias disposiciones para la seguridad de los presos, pusiéronse todos en marcha. Subió Angelo á la grupa del caballo en que colocaron á su sobrina, y tomó la delantera á galope.

Los bandoleros exhalaban mil denuestos contra la justicia, á la que acusaban de traicion, pues semiborrachos y atolondrados por la violencia de la agresion, no habian comprendido la parte que tenia en ella Espatolino.

Este era el único que parecia tranquilo: á sus pasados furores habia sucedido la triste calma de la desesperacion.

Comprendiendo que ninguna esperanza le quedaba; que eran inútiles todos los esfuerzos humanos para alcanzar merced ninguna del corazon de hiena del esbirro; resolvió soportar con valor su destino. Poco le hubiera costado encontrar firmeza en su alma si solo la necesitase para sufrir la muerte: otro era el dolor contra el cual necesitaba armarse de todo su esfuerzo; los padecimientos de su esposa, y no su suerte propia, le atormentaban, y reunia toda su constancia para sobrellevar sin debilidad aquella terrible prueba.

Los presos y sus guardias entraron en Roma en la tarde del siguiente dia, y aquella misma noche fué nombrada la comision que debia instruir el sumario.

Todos los bandidos, inclusos el Silencioso y su mujer, fueron asegurados en estrechos calabozos, doblando el número de las acostumbradas guardias, (tanto temia la justicia que pudiera escapársele su presa): solamente Anunziata se libró de la cárcel por haber hecho valer Angelo el estado delicado de su salud, y saliendo por fiador obtuvo la gracia de que la señalasen por prision su propia casa. Por duro que fuese el corazon del esbirro, el lastimoso estado en que se hallaba la desgraciada criatura consiguió despertar en él algunos sentimientos de compasion, y empleó todos los medios posibles para proporcionarle algun alivio.

G. G. DE AVELLANEDA.

(*Se concluirá.*)

(MODAS: Figurin del 20 de junio.)

FRAGMENTO

DE UN RASGO ÉPICO,

TITULADO

Un dia en Granada.

Allí vienen los ínclitos guerreros,
que la altivez de Ronda avasallaron
y los que en Baza á los Hacenes fieros
el orgulloso cuello quebrantaron.
Los mismos son... los mismos los aceros
que á Granada otra vez amenazaron,
y que ahora brillan como el sol triunfante
que alumbra al mundo con su luz radiante.

—

Belígeros penachos de albas plumas
en el bruñido casco al aire ondean,
imitando al mecerse las espumas,
que al ancho mar en su vaiven blanquëan.
Gallardos rompen las espesas brumas
los soberbios corceles que campean,
volando á combatir al fuerte moro
al son guerrero de atabal sonoro.

—

Del bélico atambor al ronco estruendo
serenos se adelantan los peones,
mezclando su gritar al son horrendo
de homicidas lombardas y cañones:
vacila el moro guerreador temiendo
el choque de tan bravos campeones;
en tropel polvoroso el campo cede,
y salvarse en la fuga apenas puede.

—

Mas volviendo una vez y otra furioso
á la sangrienta lid el mahometano,
ora triunfa un instante, ora fogoso
lo aterra y rompe el campeador cristiano.
Empero su valor impetuoso
domar intenta en balde el castellano;
que la perdida lid le desespera,
é infunde aliento á su constancia fiera.

—

¿Mas qué horrísono estruendo allí se escucha
llenando de pavor el aire vago...?
En la ciudad de Hacen, ¿qué pueblo lucha
derramando de sangre ardiente lago...?
¿No fué bastante á contener la mucha
que vertiera el Zegrí tan rudo estrago?
¿O acaso el hijo de Ismael sañoso
su fin pretende y se aniquila ansioso...?

—

Sí; que encendidas tus feroces teas,
infanda guerra, tu homicida saña
en los hijos del Dauro cruda empleas,
inundando de sangre su campaña.
Del hijo contra el padre en las peleas,
el brazo mueves á proterva hazaña,
y de ciego rencor el alma henchida,
cada cual de ofender tan solo cuida.

—

Allí contemplo alzarse victorioso
al rebelde Boabdil, que inobediente,
feroz el trono usurpa y ambicioso,
de Hacen humilla la guerrera frente.
El viejo rey sucumbe temeroso
al inícuo poder del insolente;
y despojado ya de la corona,
á la ingrata ciudad triste abandona.

—

Hélo en el trono ya!... do quier resuena
el nombre de Boabdil, y el raudo viento
fugaz lo lleva á la tostada arena
del confin africano turbulento.
El campo y la ciudad soberbio atruena
del moro infiel el clamoroso acento
y el monte y hondo valle lo repite,
aguardando otra vez que el pueblo grite.

—

Mas óyelo Fernando, y sus guerreros
al mismo punto en Santa Fé convoca,
de Boabdil y sus moros altaneros
jurando castigar la furia loca.
«A nosotros, les dice, oh caballeros,
el ultraje de Hacen vengar nos toca,
el trono del perjúro derrocando
y su maldito pueblo avasallando.

—

«No mas piedad!... tenerla fuese crímen
con un tirano infiel y parricida...
la guerra á muerte sin tardar le intimen
mis heraldos, y tiemble en su guarida:
oprimidos serán los que ahora oprimen,
la ley de Dios brillando esclarecida
donde rige el coran y ondula al viento
roja bandera del Zegrí sangriento.»

—

Así Fernando habló, y las nobles venas
del castellano audaz su voz enciende,
jurando de Granada en las almenas
clavar la cruz que vencedor defiende;
y arrojando á las líbicas arenas
al moro altivo que triunfar pretende;
con heróico valor que al mundo asombre
borrar de España de Mahoma el nombre.

—

Ya vuelan á la lid, y el vago viento
asordan las trompetas y clarines,
resonando en el ancho campamento
que retiembla al correr los paladines.
Al rumor belicoso, macilento
Boabdil abandonando los festines
y las rientes zambras, donde vela,
al campo de la lid rabioso vuela.

—

De sus haces al frente, al pié del muro
un poderoso overo cabalgando
de bella estampa y bracear seguro,
medroso aguarda el nazareno bando.
Maldice sin cesar su labio impuro
las invencibles huestes de Fernando;
y en su rostro feroz con negra tinta
el temor del castigo el miedo pinta.

—

Tal acontece al bárbaro asesino
que el matador puñal lleva en la mano
con la cálida sangre purpurino,
que brota el pecho de su triste hermano:
palidece, retiembla, y de contino
la airada imágen del que hirió inhumano
su incierto paso por do quiera sigue
y no hay solaz que su pavor mitigue.

—

Asi en la mente de Boabdil sañudo
el viejo Hacen, el padre dolorido
con aire vengador álzase mudo,
aun sentado en su trono esclarecido:
ya con torvo ademan y ceño rudo
le mira amenazarle enfurecido,
y ya en los sueños que el terror preside
que al poderoso Alá venganza pide.

—

Mas de Isabel las huestes avanzando
con gritos de furor los aires llenan,
y los hijos de Sára rebramando
tambien el campo del combate atruenan:
oprimen furibundos bando á bando
y al horrendo chocar las armas suenan.
rompiéndose en los petos rutilantes
los encorvados hierros centellantes.

—

Ora una parda nube polvorosa,
que el humo negro del cañon condensa
oculta la batalla desastrosa
que ya se extiende en la llanura inmensa:
ora una ardiente llama luminosa
súbito rompe la humareda densa
y en medio al ancho valle resplandece
la horrenda lid, que aterradora crece.

—

Y mezclados los yelmos y turbantes,
las santas cruces, las malditas lunas
do quier se miran miembros palpitantes
y de cálida sangre cien lagunas.
De azufre son los hórridos semblantes,
ascuas los ojos y las diestras, unas
trisulcos rayos que Jehová fulmina,
ministros otros de sangrienta ruïna.

—

No asi los anchos mares truenan, cuando
chocan de agua espumante dos montañas,
que cada cual furiosa rebramando
del piélago revuelve las entrañas;
y con soberbio encono porfiando
la lucha aumenta y sus terribles sañas,
sin que en tan crudo y bárbaro combate
ninguna á su contraria desbarate.

—

Cual las huestes cristianas y agarenas
de gloria aquellas, estas de venganza,
vertiendo ardiente sangre de sus venas,
hierven en sed horrenda de matanza.
Ya se ven abatir las nazarenas
banderas con su indómita pujanza,
y ya el turbante que se alzára osado
por la radiante Cruz se mira hollado.

—

Mas ¿qué luz esplendente cruza el viento,
llenando de pavor al africano
y dando nuevo ardor y doble aliento
al fuerte y noble y guerreador cristiano?
¿Quién, encendiendo el ancho firmamento,
sobre el varon desciende castellano,
desnuda al aire la lumbrosa espada
terror de la morisma quebrantada?....

—

Quién!.... el escudo, el defensor potente
de la ibera nacion que al moro fiero
hollar miró de la española gente
la alta cervíz en llanto lastimero
¡Es el patron de España! de su frente
lanza rayos sin fin sobre el guerrero
hijo de Agar, que consternado y mudo
deshecho arroja el ponderoso escudo.

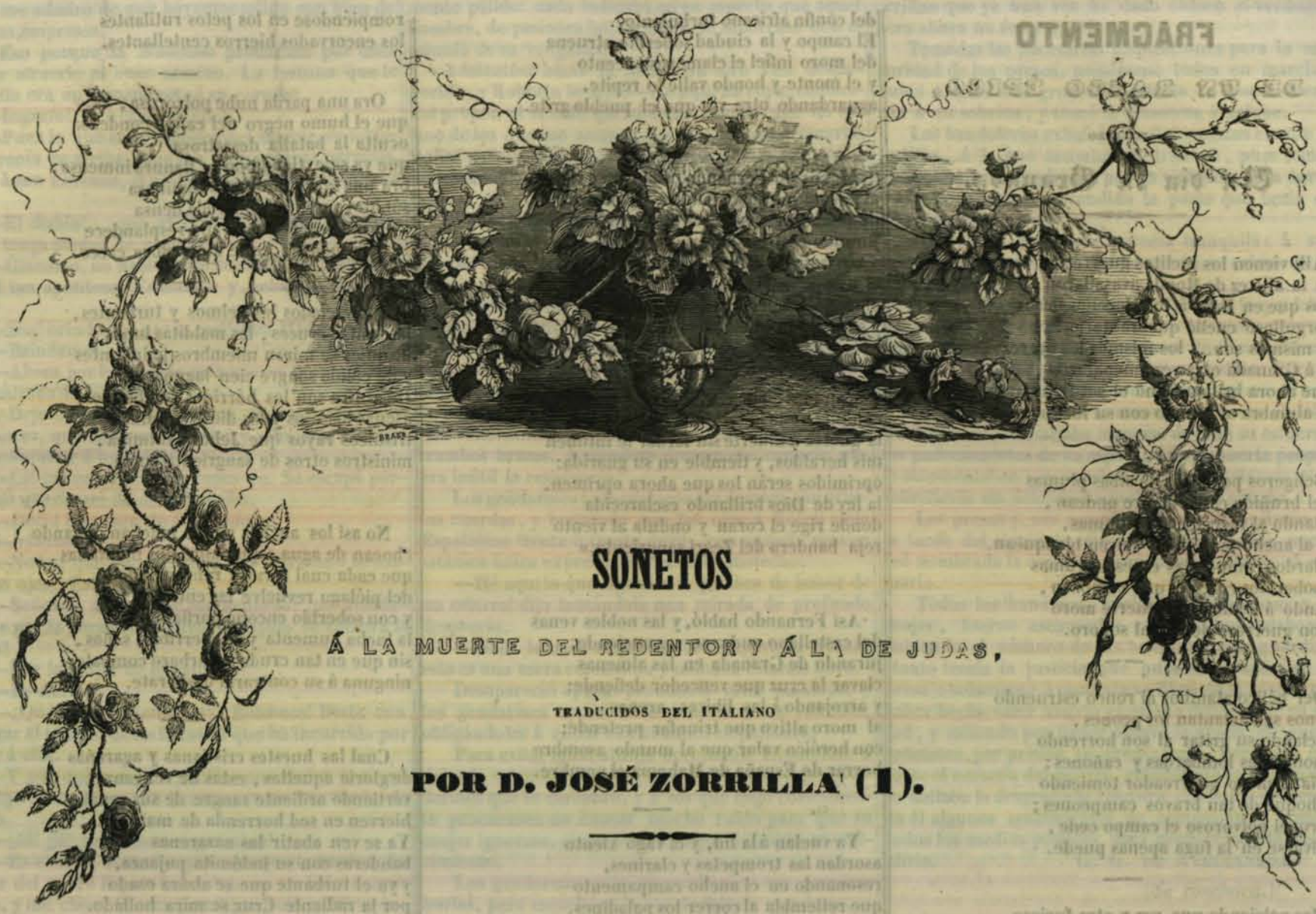
—

No mas, no mas: el ángel del destino
en láminas de bronce sempiterno
grabó ya el fallo con cincél divino
que al pueblo de Boabdil lanzó el Eterno.
Hélos correr sin órden ni camino
en gran tropél y confusion de infierno:
cayó la ira de Dios sobre sus frentes
y polvo fueron sus altivas gentes.

—

Granada por la Cruz!.... en sus almenas
el viento halaga al pabellon cristiano:
para siempre ¡oh placer! las agarenas
lunas huyeron al confin lejano.
Cumplieron ya las huestes nazarenas
los votos que formára el castellano:
borróse el nombre de Mahomé en España,
que alzóse libre de coyunda extraña.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.



SONETOS

Á LA MUERTE DEL REDENTOR Y Á LA DE JUDAS,

TRADUCIDOS DEL ITALIANO

POR D. JOSÉ ZORRILLA (1).

Sulla morte del Redentore.

Quando Gesù nell'ultimo lamento
schiuse le tombe, e le montagne scosse
Adamo sbigottito e sonnolento
alzò la testa, e sovra i piè rizzosse.
Le torbide pupille intorno mosse
pieno di meraviglia e di spavento,
e palpitando addimandò chi fosse
Lui che pendeva insanguinato e spento.
Come lo seppe, alla rugosa fronte
al crin canuto, ed alle guancie smorte
colla pentita man fè' danni ed onte.
Si volse lagrimando alla consorte
e gridò sì, che rimbombò nel monte:
io per te diedi al mio Signor la morte.

(D'ONOFRIO MANZONI.)

Sulla morte di Giuda.

I.

Gitò l'infame prezzo, e disperato
L'albero ascese il venditor di Cristo;
Strinse il laccio, e col corpo abbandonato
Dall' irto ramo penzolar fu visto.
Cigolava lo spirito serrato
Dentro la strozza in suon rabbioso e tristo,
E Gesù bestemmiava, e il suo peccato
Ch' empiea l'Averno di cotanto acquisto.
Sboccò dal varco al fin con un ruggito.
Allor Giustizia l'afferrò, e sul monte
Nel sangue di Gesù tingendo il dito,
Scrisse con quello al maledetto in fronte
Sentenza d'immortal pianto infinito,
E lo piombò sdegnosa in Acheronte.

Á la muerte del Redentor.

Cuando la voz de Cristo postrimera
peñas y tumbas con fragor violento
hendió, medroso Adan y soñoliento
el cuerpo del sepulcro sacó fuera.
Tendió los turbios ojos por do quiera
sin concebir absorto tal portento,
y balbuciente preguntó quién era
quien moria en suplicio tan sangriento.
Al saberlo, con mano arrepentida
mesó iracundo su mejilla inerte,
frente arrugada y calva encanecida.
Y volviéndose á Eva, con voz fuerte
que dejó la montaña ensordecida,
dijo: «á mi Dios por tí traje á la muerte.»

La muerte de Judas.

I.

Su oro arrojó, y al árbol despechado
El Apóstol trepó, traidor á Cristo;
Ató el cordel, y el cuerpo abandonado
Fué con horror balanceando visto.
Lanzó el alma en su pecho acongojado
Ronco estertor: y con lamento misto
De miedo é ira blasfemó el malvado:
«¡Cuesta un Dios el infierno que conquisto!»
El alma impía vomitó rugiendo.
La Justicia divina asióle airada,
Y el dedo en sangre de Jesus tiñendo
Su sentencia en la frente amoratada
Le escribió, y desdeñosa sonriendo
Hundió su espectro en la infernal morada.

(1) Nos ha parecido conveniente poner el testo italiano, para que nuestros lectores juzguen de la bellísima traduccion del Sr. Zorrilla. (*N. de la R.*)

II.

Piombò quell' alma all' infernal riviera,
E si fe' gran tremuoto in quel momento.
Balzava il monte, ed ondeggiava al vento
La salma in alto strangolata e nera.
Gli angeli dal Calvario in su la sera
Partendo á volo taciturno e lento,
La videro da lunge, e per spavento
Si fèr dell' ale a gli occhi una visiera.
I demoni frattanto a l' aex tetro
Calâr l' appeso, e l' infocate spalle
All' esecrato incarco eran ferétro.
Così ululando e bestemmiando, il calle
Preser di Stige, e al vagabondo spetro
Resero il corpo ne la morta valle.

III.

Poichè ripresa avea l' alma digiuna
L' antica gravità di polpe e d' ossa,
La gran sentenza su la fronte bruna
In riga apparve trasparente e rossa.
A quella vista di terror percossa
Va la gente perduta; altri s' aduna
Dietro le piante che Cocito ingrossa,
Altri si tuffa nella rea laguna.
Vergognoso egli pur del suo delitto
Fuggía quel crudo, e stretta la mascella,
Forte graffiava con la man lo scritto.
Ma più terso il rendea l' anima fella.
Dio fra le tempie gliel avea confitto,
Nè sillaba di Dio mai si cancella.

IV.

Uno strepito intanto si sentía,
Che Dite introna in suon profondo e rotto;
Era Gesù, che in suo poter condotto
D'Averno i regni a debellar venía.
Il bieco peccator per quella via
Lo scontrò, lo guatò senza far motto:
Pianse al fine, e da' cavi occhi dirotto
Come lava di foco il pianto uscía.
Folgoreggiò sul nero corpo osceno
L' eterea luce, e d' infernal rugiada
Fumarono le membra in quel baleno.
Tra il fumo allor la rubiconda spada
Interpose Giustizia: E il Nazareno
Volse lo sguardo; e seguitò la strada.

(DI' VINCENZO MONTI.)

II.

Cayó aquella alma en la mansion precita
Y del golpe al estrépito violento
La montaña tembló: mientras el viento
Su despojo mortal en lo alto agita.
De la cumbre del Gólgota bendita
Su vuelo alzando silencioso y lento
La vista horrible de su fin sangriento
El coro de los ángeles evita.
Los demonios saliendo del profundo
Juntáronse en tropel á descolgalle:
Y en sus hombros cargando el tronco inmundo,
Al infierno otra vez se abrieron calle,
Arrojando al espectro vagabundo
El cuerpo vil en el maldito valle.

III.

Al recobrar el alma condenada
El cuerpo en que habitára antiguamente,
De sangre en caractéres señalada
Su sentencia inmortal brotó á su frente.
A semejante vista huyó espantada
Del vil Apóstol la precita gente,
Y del infierno le dejó á la entrada
Del odio universal blanco viviente.
Pugnaba el miserable avergonzado
La marca por borrar de su delito,
Y arañaba su frente despechado
Sin lograr de su téz borrar lo escrito:
Que con sangre de Dios fué allí marcado
Y el rastro de su sangre es infinito.

IV.

En esto un grande estruendo se sentia
Por la infernal mansion jamás oido.
Era Jesus, que en gloria conducido
A hollar los reinos de Luzbel venia.
Se halló en la senda que Jesus traia
Judas; callado le miró y corrido:
Lloró al fin, mas el párpado oprimido
Lava ardiente, no lágrimas vertia.
Sobre el semblante del traidor, de lleno
Reverberó su resplandor divino,
Y humo impuro brotó su inmundo seno.
Justicia entonces al tremendo sino
Infernal le lanzó, y el Nazareno
Tornó la faz, y prosiguió el camino.

(J. ZORRILLA.)

FRENOLOGÍA,

APLICADA Á LA ECONOMÍA DOMÉSTICA.

TODOS los autores que han guardado silencio sobre las circunstancias que constituyen un valiente, están conformes en que para nada se necesita mas valor que para sacar los anteojos, limpiarlos y ajustarlos sobre las narices, cuando se desploma un edificio, queriendo averiguar *el por qué* se viene al suelo la viga, que al paso le ha de aplastar á uno la cabeza; cuando lo mas lógico, ó lo mas prudente, que no siempre son sinónimas estas palabras, seria ponerse á salvo del hundimiento. Valiente es tambien el que se pára á preguntar *por qué* corren los que en un motin llevan las cabezas rotas y los que las van rompiendo. Y valor se necesita asimismo para coger al ratero infraganti y en vez de recobrar el pañuelo y el bolsillo mirarle atentamente, á ver, si ya que no es posible dudar de que tiene muy desenvuelto el borde externo de la arcada superior de la órbita, ó de que roba como si lo tuviera, le bulle al mismo tiempo alguna cosa en la parte anterior y superior del hueso frontal. Yo huyo mucho las comparaciones, porque rara vez dejan de ser arriesgadas, pero para mí, un marido que sorprendiese á su mujer en una de esas situaciones que relevan de pruebas, y en vez de matar al amante con una pistola, le midiese con la mano la extension de la nuca, seria mas valiente que el Cid. Por esas y otras, que callo, razones de mucho peso, tengo yo al doctor Gall por el hombre mas grande del universo. Cuidado, señores, que eso de venir un hombre al mundo á gatas y en cueros como cada quisque y plantarse (en jarras que es la postura mas insolente) en medio de la sociedad, para averiguar *por qué* los unos quieren mal á los otros, y los otros bien á los unos... tiene bemoles, y cosa es que debe verse muy despacio. Si ahora, por ejemplo, estuviese aquí algun frenólogo, creen Vds. que esperaria á que yo terminase este artículo para saber si pensaba defender, ó impugnar el sistema *craneoscópico* de Gall? pues nada de eso. Me pasaria y repasaria la mano por la cabeza en busca de protuberancia hácia la parte superior de la frente y se marcharia hinchado y osco como una rana vestida de cardenal, diciendo: «ya sé yo lo que esto puede dar de sí.» Pero, sin embargo, y puesto que hay hombres capaces de «dar un susto al miedo,» no será malo que yo me ingenie, á fin de engañar á los *gallos* (1) para que se queden en ayunas de mis intenciones, no solo antes de escritas estas líneas sino mucho despues tambien. Y ya que es moda hacer corte de cuentas en todo, y aceptar los hechos consumados, yo acepto como tal que las gitanas lean en las rayas de la mano y los hombres en los huesos de la cabeza. Pero siempre se ha dicho que era un mal dormirse sobre las victorias (perdónenme las hermosas que así se llaman) y yo no quiero que los trabajos del doctor Gall sean estériles. He decidido aplicarlos á las necesidades de la vida.

Descubrir el movimiento contínuo para saber que habia medio de que las cosas inanimadas no se parasen nunca, seria lo mismo que haber averiguado que las luces de los cementerios no eran almas de condenados que ardian, sino una sustancia descubierta por Brandt en 1669 (*Fósforo*, que quiere decir Porta-luz) y no haberla aplicado despues á la fabricacion de las utilísimas pajuelas fosfóricas. Qué me importa á mí que no se atribuya á milagro y sí á falta de una columna de aire que obre de arriba abajo, el no salir agua por el agujero de aquel cántaro lleno y cerrado herméticamente por la parte superior, si me muero de sed, y no hay una alma caritativa que destape la vasija y haga que el aire ejerza su presion? Mejor seria que se tuviese por milagro, con tal de que alguien lo destapára, aunque fuese por revelacion. De qué le serviria á la sociedad que los discípulos de Gall, supiesen dónde reside tal ó cual facultad ó tal cual instinto del alma, si no hubiese una alma de cántaro, la mia por ejemplo, que les enseñára los medios de aprovechar esa ciencia?—De nada, amigo Gall, de nada. Me he convencido de que Vd. fué un grande hombre en sus tiempos; pero veo que aun estoy yo á tiempo de serlo en los mios. Los descubrimientos que Vd. hizo fueron muy importantes; pero las aplicaciones que yo haré de ellos van á ser muy útiles. Acaso si Vd. viviera ahora, no dejaria de hacer lo mismo que yo hago, pero la vida del hombre no basta á perfeccionar una obra, y bueno es que mientras Vd. corrige su sistema, tomando declaraciones á las almas de los

cráneos que registró en vida, vea yo de aplicar la frenología á la economía doméstica para mayor honra, gloria y provecho de la sociedad. Y no hay que perder tiempo, porque «es corta la noche y hay mucho que andar.» *Ars longa vita brevis*; que á Vd. como buen doctor debe gustarle el latin. Y para los lectores que no tengan la borla ni en *utroque* ni en *Utrilla*, me valdré de uno de esos hombres que se dan á pros-

(1) Este plural de *Gall* es propiedad del autor de este artículo que perseguirá ante el Diccionario de la lengua, al que lo use sin su licencia.

tituir las ciencias familiarizando ciertos secretos de ellas, para traducir el aforismo:

«Vida breve y arte largo,
¡qué aforismo tan amargo!»

Siendo los amigos una de las frutas mas engañosas que se conocen en este valle de lágrimas, convendria mucho tomarlos á prueba; seria necesario que nos vendiésemos mútuamente *á cala*. Que cuando no habia caminos de hierro, ni alumbrado de gas, anduviese Sócrates con el *utinam* en la boca y el candil *manchego* (1) en la mano, buscando amigos, pase; pero ahora que los teólogos nos han dado el *potes* y en nuestra mano y la cabeza de los amigos está el medio de salir de la duda, no veo yo una razon para que estemos sin saber anticipadamente las circunstancias, gustos, pasiones, virtudes y pretensiones de las personas con quienes hayamos de entrar en relaciones, que no en balde se dijo: «á cala, á cala, melones.»

La frenología es víctima, como todos los ramos de la ciencia de curar, de la audacia y la poca aprension con que ciertos hombres se la dan de sabios, en todo aquello en que parece reinar alguna confusion; y aun por eso se dice:

Todo vicho viviente es curandero
con honores de médico casero.

Echar las cartas, *decir la buena ventura*, y leer en el *libro de los oráculos*, todos esos son oficios bajos, y se consideran como la gente de librea, de la frenología; por eso ninguna persona decente, ó que quiera pasar por tal, echa las cartas, ni quita el pan á las gitanas, leyendo en las rayas de la mano; pero hay muchos, de esos que si tienen un buen cigarro se le fuman en la Puerta del Sol, que han oido ó leido media docena de nombres sobre la *organología*, y se dan á palpar cabezas en las visitas. Esas gentes sin aprension, pero perspicaces y traviesos que apenas ven tomar el pulso la primera vez, ya no necesitan mas para tomar por su cuenta las muñecas de los enfermos y creerse mas sabios en el particular que el mismo Solano.

Esas gentes que pasan por una prendería, y se páran y vuelven y llegan hasta el arroyo y cierran los ojos; y extienden la mano, y hacen todos los gestos que vieron hacer una vez para tasar un cuadro, hasta que preguntan al prendero cuánto vale una vírgen que hay á la puerta, y que de fijo no se parece á la que hay en el cielo, y la llevan por las calles mas públicas, mirándola de vez en cuando con entusiasmo, para que las gentes digan: «¡Qué aficion tiene ese caballero á la pintura!» Esos necios (y gracias á Dios que los bauticé) tienen invadida la frenología, que fuera de ese charlatanismo, cultivan con aprovechamiento algunos médicos españoles, honra de nuestro suelo.

Pero yo quisiera establecer un término medio entre ambas clases de frenólogos, y mientras los médicos emplean su ilustracion y sus estudios en adelantar tan importante materia, y los aficionados hacen el oso, buscar yo un medio de aplicar lo existente á las necesidades de la vida. Uno me ha ocurrido hace tiempo que tiene sus contras, pero que puede reportar ventajas inmensas y vale bien la pena de ensayarle; que el que no se aventura no pasa la mar; y aunque algunas veces el que se aventura pierde aparejo y mula, bueno es vivir para ver, que nadie nace enseñado y ahí me las den todas. Consiste el tal *medio de aplicar la frenología á las comodidades caseras*, en servirse de un criado frenólogo, ó enseñar frenología á un asturiano; pues mas vale para estar bien servido que la parte animal mande á la moral y es probado. Lo mas que se puede esperar de un criado, no listo sino menos torpe que los demas criados, es que no tenga conciencia ni remordimientos, sobre todo en cosas que á él ni le van ni le vienen, como la de saber decir:—El señorito no recibe ó no está en casa. Pero de un criado frenólogo se puede uno prometer mucho mas. De un asturiano que sepa así, por encima ó por debajo el sistema craneoscópico del doctor Gall, es fácil conseguir que distinga de personas, y á unos les dé esperanzas, á otros se las quite, á éste le diga que vuelva mañana y á aquel que no vuelva nunca. Para esto se necesita buscar un mozo cualquiera, lavarle las manos con *ácido nítrico diluido*, no por el placer de quitarle el cuero ni el callo, sino para que mude el cutis ó *peleiso*, y adquiera tal sensibilidad en el tacto que no se le escape ni aun el órgano del *poliglotismo*, que es pieza de prueba. Sentiria que hubiese algun lector que no comprendiera las inmensas ventajas que puede reportar ese sistema de portería y no conociese la economía de tiempo que puede resultar de los conocimientos frenológicos del doméstico que por abrir la puerta á todo el que á ella llega, ó pone á su amo en contacto con un asesino, ó lo que es peor aun con una viuda militara de esas que no piden limosna por Dios, sino por los balazos que su marido recibió en la espalda (á traicion, que dicen los que vuelven grupa). Sentiria eso tanto mas, cuanto que ahora mismo voy á presentar varios ejemplos de mi sistema, y quisiera que á todo trance se tomára en consideracion.

Mi criado está á la puerta con la chaqueta remangada, para que las manos queden en el libre ejercicio de sus funciones, y con órden terminante de que no pase nadie á verme sin que él le palpe antes la cabeza, hasta quedar convencido de que sus intenciones no pueden perjudicarme en lo mas mínimo. Y este *minimum* es muy importante, porque nadie le hará creer á un poeta de quince años que incomoda cuando viene á leer algun trozo de su poema *chasquidos de mi corazon*, y sin embargo, no hay cosa mas terrible que estar mano á mano con uno de esos sabios de 18 pulgadas de estatura, que hacen versos mientras debieran ir á la escuela, y nos dan luego un tomo de ellos titulado, *ratos perdidos*. (1)

Desde que los barberos han dado en dejarse crecer el pelo para encubrir la grasa de sus levitas, han desaparecido las melenas románticas de las cabezas decentes; pero por si acaso, y por esto mismo, deben tenerse á mano unas tijeras para que no se escape alguna protuberancia de entidad al exámen frenológico. No hace falta preguntar el nombre de la persona que solicita pasar adelante, sino agarrarla entre puertas y manos á la obra.

—Está el señorito don...

—Ahora lo veremos: será la única contestacion del mozo. Y friega por aquí friega por allá, hasta dar con una prominencia en los bultos occipitales del cerebelo.

—Cómo que lo veremos?... villano!... Quieres burlarte de mí?

A todo esto el frenólogo permanece mudo, hasta que por fin termina su operacion y dice:

—Pues señor, está en casa.

—Y has ido á buscarlo en mi cabeza, borracho?

—Quiá! no señor; lo que yo buscaba en su cabeza de Vd. era el órgano de la amistad.

—Ahora se lo diré á tu amo, bribon!

—Sí, vaya Vd.; él mismo me ha encargado que no le deje entrar ningun pillo, ni pobres vergonzantes.

—Te has querido mofar de mí?

—Lo que yo he querido es que Vd. no se mofára de mi amo. Y dé Vd. gracias á que no tiene tanto así (cuarta parte de uña pequeña) de sarrollado el órgano de la poesía que en ese caso no le dejo entrar. Lo primero que me encarga el señorito es que no se me escape ningun poetastro, aun cuando no traiga anteojos ni melenas.

La tempestad descarga luego en mi gabinete; pero eso no les importa á los lectores, que dueños de mi casa todo el año, hoy es el dia único que no los dejo pasar de mi antesala.

Tras de aquel buen amigo, que á despecho de Sócrates, y gracias á Gall, hemos encontrado á primeras de cambio, llega un personaje alto, delgado, bien vestido, y sin quitarse el sombrero ni preguntar si estoy ó no estoy, se lanza ó se lanzaria como una flecha á mi cuarto, si mi criado no le pusiese la mano en el pecho y á la voz de—¡alto! sin darle lugar siquiera á reponerse del susto, no le descubriera la cabeza, dispuesto á hacer, parte por parte, lo mismo que con el anterior. El tal caballerete se irrita, y alza la mano para castigar la insolencia del fámulo; pero baja la cabeza, y entonces mi frenólogo ve una frente tan inclinada atrás, tan deprimida, que no puede menos de decir:

—Ah! vaya Vd. con Dios, que no está mi amo.

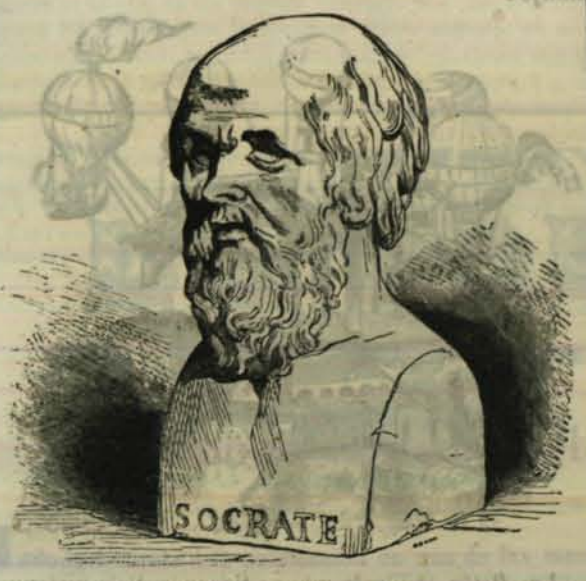
Si el tonto tiene la cabeza algo bombeada, termina el lance en paz; sino es asi, acaba de otro modo. Por eso tengo yo buen cuidado de inculcar en el corazon de mi doméstico, un gran amor á la ciencia, para que esté á las resultas de sus observaciones.

Asimismo le he curado de espanto, familiarizándole con las levitas de Utrilla, y las sortijas de Soler, porque es tan fácil que uno que tiene un reloj quiera robar otro, como es cosa sabida que los que van á caza de codornices llevan varias de reclamo. Usa sin embargo cierta política con esa casta de pájaros, y mientras los alucina dándoles tratamiento, observa las formas generales de la cabeza, y se pone al corriente poco mas ó menos de lo que puede dar de sí el amigo. Sabe tambien, caso que le ocurra alguna duda sobre la lealtad del personaje que tiene en observacion, fingir que le ha visto una mosca ó cosa tal en las sienes para ver si está en su punto el órgano de la intriga; en cuyo caso ya pueden Vds. conocer lo que ocurre. Lo cierto es que á mi me vá muy bien con este método, y hoy dia no cambio mi criado por el mismo Spurzheim, en persona, porque en estampa me serviria mucho menos. Verdad es que con esas cosas ha tomado unos humos, mayores que las *chispas* de antaño, y ni hace recados, ni limpia botas, y únicamente se ha reservado la prerogativa del esportillo. De ese modo, y con su método de sisar por partida doble, se ha formado un gabinete fre-

(1) Desde que oí decir en un sermon de Pasion que á Jesucristo le habian envuelto en una *manta de Palencia*, creo que Catilina pidió tabaco con una navaja de Albacete. Sin embargo lo del candil manchego es histórico.

(1) Por la boca muere el pez.

nológico que da gozo. Tiene varios bustos, entre ellos



el de Sócrates, y un sin número de cráneos de una infinidad de personas célebres. Conserva con particular esmero uno *de los de* Villena, ladron famoso que fué al patíbulo hace algunos años, y *cuyos* cráneos andan diseminados por los gabinetes de los discípulos de Gall. Pero á pesar de todo no le ha sucedido aun lo que á aquel frenólogo que preguntándole cómo tenia dos cráneos de una misma persona contestó:

Pues señor... es muy sencillo...
Este cuando se murió:
Y este cuando era chiquillo.

ANTONIO FLORES.

Revista de la Quincena.

—Vaya zi correl... decia un andaluz viendo partir un vapor del muelle de Cádiz; el aire va echando lo bofe pó acanzalo y no lo pue conzegui. Esto puede muy qien ser exacto y no exageracion andaluza como algunos creen; pero por mas que nosotros encabecemos con ello nuestra quincena, los quince dias últimos del mes de junio no guardan esa proporcion con los acontecimientos teatrales que en ellos han tenido lugar, pues á medida que los dias son mas largos, las novedades del teatro van siendo mas cortas. En ellos (los dias), con gran perjuicio de la salud pública y provecho de los médicos, ha bajado el termómetro mas de 8 grados, y no se puede culpar al calor de que los que iban abrochados y hasta con capa por las calles de Madrid no pudieran refugiarse en el teatro del *Circo*, por ejemplo, á ver esa *Niña bonita de Gand*, que segun la impaciencia con que la espera el público, está á punto de que la encuentren luego sino fea, pecosa de viruelas por lo menos; pero nosotros pasariamos por todo con tal de que la compañía de baile de dicho teatro diese señales de vida pronto. Dos meses lleva la dichosa *Niña bonita* haciendo coqueterias en los carteles; con tres títulos distintos se ha anunciado, y aun no sabemos con cuál de ellos saldrá á la escena, ni si saldrá el dia 2 de julio, última cita que ha dado á sus impacientes adoradores.

(Traje del Sr. Latorre en el acto 4.º de MUNIO ALFONSO.)

Los *teatros principales*, continuaron representando la tragedia de *Munio Alfonso* en los primeros dias de esta quincena, y con este motivo y el de gustar cada dia mas la obra de la señorita Avellaneda, ha recogido nuevos triunfos escénicos el autor de *Espatolino*; sin compartirlos con el autor del himno, como dijo cierto periódico de esta corte. Y no porque el himno del Sr. Iradier sea malo (aunque á nuestro juicio y fuera de cierto plagio que en él se advierte, vale poco) sino porque las cuatro notas de música á que aludimos no han recibido el menor aplauso, y aun cuando hubiese sucedido lo contrario, el autor de un himno nunca puede entrar á la parte con el autor de una tragedia, que tiene el canto como un simple accesorio que dura segundos. Otra cosa es la letra de las óperas, y pocas veces entra el poeta á la parte en el éxito, con el músico. Ademas nosotros hemos visto silbar piezas de música y escenas de baile, y aplaudir despues la comedia en que habian tenido lugar. El que escribió las líneas á que nos referimos, no ignoraria esto mismo; pero al que se las dictó no le convendria saberlo y vámonos elogiando, que si se pierde la ocasion Dios sabe cuándo nos veremos en otra.

Despues de las repeticiones del *Munio Alfonso*, se estrenó una comedia original y en verso titulada: *Periquito entre ellos*, á despecho de los impresores de todos los periódicos que hacian *a* la *o*, sin hacerse cargo de que la primer estravagancia de la comedia consistia en hacer vestir por los pies á los que toda la vida se han vestido por la cabeza. Siempre se ha dicho *Periquito entre ellas*; pero al Sr. Príncipe, autor de la comedia, le habrá parecido inmoral y hasta mahometano tal vez, eso de andar un hombre con varias mujeres á un tiempo, y ojalá le hubiese sido tan fácil hacer una buena comedia, como cambiar el sexo á la segunda parte del título. *Periquito entre ellos*, fue mal recibida por ellos y por ellas, espectadores y espectadoras; circunstancia desagradable que unida á la buena reputacion literaria del Sr. Principe, nos obliga á no pasar adelante en la crítica de esa comedia, que en medio de su enmarañado argumento tiene algun chiste, y escenas muy bien escritas. Creemos que este golpe, inevitable en la carrera dramática, no entorpezca la pluma del autor de el *Conde D. Julian*; y por si nuestro humilde voto puede servirle de algo le aconsejamos que estudie con mas detencion la sociedad, y no use ciertas palabras *mal sonantes* que, como la experiencia le ha demostrado en esta ocasion, *no sonaron bien* en los oidos del público. Estamos muy distantes de creer que porque la sociedad moderna sea hipócrita hayan de adularla y halagar sus vicios los escritores; pero queremos que mientras se corrige la inmoralidad en el fondo se vele en las apariencias. Este no es el siglo de Quevedo por mas que asi lo crean algunos epigramáticos modernos; y aun cuando lo fuese el *scandala* de la escritura debe evitarse á todo trance las formas del lenguaje, deben ser siempre decorosas y no ceñirse nunca con demasiada precision á los vicios que pintan, con el ameno correctivo de la sátira. Los actores hicieron cuanto estaba de su parte por salvar la comedia, especialmente la señora Tablares y los Señores Lombía y Lopez (D Pedro).

El drama titulado *Españoles sobre todo*, se ha representado nuevamente á beneficio de su autor, que fue llamado á la escena y recibió dos coronas, de las cuales se puso una á instancias del público que queria ver coronado en las tablas al autor del drama patriótico, cuyo análisis hicimos en otro número del *Laberinto*.

En el teatro del *Circo* se dió en la noche del sábado 22 un beneficio á favor del jóven tenor D. Cárlos Sentiel, en el que tomaron parte las señoras Basso Borio y Gariboldi y los señores Salas, Salvatori, Spech y Sentiel. La circunstancia de ser español el beneficiado y la de presentarse nuestro célebre Salas, á quien el público de Madrid tenia deseos de oir nuevamente despues de su viaje á Paris, llevó al teatro numerosa concurrencia, que salió complacida por cierto. El duo bufo de la *Chiara di Rosemberg*, cantado por los señores Salvatori y Salas, arrebató extraordinariamente al público y se hizo repetir la segunda noche. La señorita Gariboldi y el señor Salas, estuvieron felicísimos en el duo titulado *Gioventu e Vechiagia;* y la señora Guy Stephan, que tambien trabajó en obsequio del artista español, lució como siempre en un paso á dos que bailó con el señor Ferranti que á pesar de sus buenas disposiciones no sale nunca de ese trenzado diabólico que maldita la coquetería tiene.

Otro concierto hemos tenido tambien el dia 25 en los salones del *Instituto*, dirigido por el señor Espin y Guillen, y estuvo brillante, como los anteriores que ha dado en ese mismo local el director de la *Iberia Musical*. Se cantaron varias piezas de música, por las señoras Gariboldi y Basso Borio, y los señores Salas y algunos aficionados. Se leyeron varias poesías, y en esta parte del concierto hubo la novedad de que leyese Zorrilla, que hacia mucho tiempo no se le habia oido leer otra cosa que sus producciones dramáticas, en el comité. La concurrencia fue muy escogida, y el señor Espin debe estar agradecido al público Madrileño, que no debe de estarlo menos al señor Espin por los esfuerzos que hace para dar impulso al arte musical. Tambien el *Liceo* ha dado señales de vida con una sesion de declamacion, y parece ser que cuenta con elementos para sostenerse. Dios lo haga! é ilumine á la nueva junta en sus nuevas disposiciones; que bien necesitan andar con tiento si el Liceo ha de corregirse de los vicios que amenazaron su existencia.

En cuanto á comedias nuevas, á pesar de que este género como el de los besugos, no se usa mucho en verano, se preparan algunas por las compañías de verso existentes en esta córte. El teatro de *Variedades* las suele estrenar un dia sí y otro no, y en honor de la verdad debemos decir que esa compañía sigue haciendo cuanto puede por complacer al público, que no les escasea su asistencia. Nos parece muy bien ese método, para que los principiantes se vayan ensayando, y los teatros principales se vean libres de esa plaga de obras dramáticas, con que diariamente les perseguian, y que algunas veces ponian al público en el duro trance de plegar los labios, y mover la lengua de un modo que.... la teoría podrá ser bonita, pero los silbidos en práctica son infernales; sobre todo para el que los provoca.

El *Médico de su honra*, de Calderon, y refundido por el señor Hartzenbusch, es uno de los dramas que estan ensayando en el teatro de la *Cruz*. Siglo y medio hace que no se ha representado ese drama, que siendo una de las mejores obras de Calderon, y habiéndola refundido el autor de los *Amantes de Teruel*, será un buen espectáculo.

La señorita de Avellaneda está escribiendo un *drama trágico* en cuatro actos y en verso, titulado: *El duque de Viana*, del cual conocemos el primer acto. Nada decimos acerca de esa nueva obra dramática del autor de *Munio Alfonso* hasta verla en escena.

La compañía de ópera no sabemos que tenga nada dispuesto, despues de *l'Esule di Roma*, ópera que ha sido puesta en escena con extraordinario lujo, y en la cual se ha distinguido la señorita Gariboldi. De los nuevos cantantes, cuya venida se anunciaba dias pasados, nada se dice hoy; lo que hay de cierto por el contrario es que el célebre tenor español Unanue está

ajustado para el gran teatro de S. Petersburgo por cinco meses, que sus emolumentos ascienden á 30,000 francos, un beneficio, y pago de los gastos de viaje, manutencion y vestuario, y que esta noticia nos alegra como españoles; pero la sentimos como espectadores de ópera. A pesar de la gran escasez de tenores que se observa en el mundo músico, Madrid contaba con dos (Unanue y Sínico), y ha tenido la gracia de quedarse sin ninguno.

Los quince dias últimos del mes de junio han ofrecido algunas novedades estrepitosas, aunque no teatrales, y entre ellas merece particular mencion un acontecimiento extraordinario que ha llenado de admiracion á la Europa entera. La noticia colosal á que aludimos, es de tal naturaleza, que apenas se supo dejaron de trabajar los marinos, se pararon las obras de los caminos de hierro, y no parecia sino que la noticia bajaba del cielo, segun que todos miraban hácia arriba. La noticia tal cual la hemos aprendido, dice así:

NAVEGACION AEREOSTATICA.

NOTICIA SORPRENDENTE.

Travesía del mar Atlántico en tres dias.— Triunfo del globo aereostático Victoria.

PORMENORES DEL VIAJE.

(*Sun Weekly.*)—Diario.

Sabado 6 *de abril.*—Serian las once de la mañana cuando empezamos á ascender, y un viento sumamente ligero y dulce que soplaba de la parte del Norte, nos impelia hácia el canal de Bristol. La fuerza ascensional la hallamos mayor de lo que habiamos calculado, de tal suerte, que cuanto mas subíamos alejándonos de las cimas de los montes, y sintiendo mas de cerca los rayos del sol, nuestro ascenso era cada vez mas rápido. Yo no queria perder gas en tan corto espacio de tiempo, y así dejaba subir al globo. No tardamos mucho, sin embargo, en recoger el regulador, pero aun despues de haberle levantado enteramente de la tierra, íbamos con bastante rapidez. A los diez minutos marcaba el barómetro una altura de 15,000 pies. El tiempo era bellísimo, y la vista de los pueblos circunvecinos sorprendente.

Los numerosos valles de los montes aparecian como grandes lagos, á causa de los densos vapores que los rodean; así como las puntas escarpadas de las apiñadas rocas hácia el Sud-Este, ofrecian á la vista una semejanza de las grandes y magníficas ciudades que suelen describirse en las fábulas orientales. Velozmente nos acercábamos á los montes del Sud, pero la altura á que nos hallábamos era mas que suficiente para poderlo atravesar sin riesgo, y á los pocos minutos ya nos mecíamos sobre ellos. A las once y media, caminando aun hácia el Sur, vimos por primera vez el canal de Bristol, descubrimos al instante la línea de la costa, y entramos pacíficamente en el mar. Entonces resolvimos dejar salir alguna cantidad de gas, y echar el agua al regulador con los cilindros flotantes; hecho lo cual, empezamos á descender, como era de esperar. Unos veinte minutos tardaria el primer cilindro en sumergirse; pero al tocar el segundo en el agua, nos quedamos á una altura invariable. Grandes deseos teníamos de ver los efectos del *tornillo* y del timon; y no tanto por esto, como por dirigirnos al Oriente hácia París, pusimos el último en movimiento, y un cambio instantáneo de direccion de ocho grados con la corriente de aire, vino á coronar nuestras esperanzas; el mismo éxito tuvimos con la probatura del *tornillo.*

Satisfechos con tan buen resultado, echamos al mar una botella, dentro de la cual pusimos una hoja de pergamino, con una breve explicacion de la invencion. Pero en tanto que así nos entregábamos al exceso de nuestro gozo, un acontecimiento imprevisto vino á desanimarnos en gran manera. La aguja ó flecha que hacia comunicar al resorte de la barquilla con el *tornillo,* salió de repente de su sitio, efecto de una sacudida que dió al bote uno de los marineros que llevábamos, por si acaso caíamos al agua; de modo que se quedó colgando fuera del pequeño cono del eje del *tornillo.* Mientras estábamos todos ocupados en la compostura, fuimos sorprendidos por una fuerte corriente de aire de la parte del Este, que nos internó en la mar, nada menos que 50 ó 60 millas por hora; de modo que cuando acabamos nuestra operacion y examinamos el sitio en que nos hallábamos, nos vimos en *Cape Clear*, á unas 40 millas de nuestro norte. M. Ainsortwh entonces, hizo la mas rara y quimérica proposicion que puede darse, y que sin embargo fué aprobada al instante por Mr. Hollaud. Aquel, pues, dijo que era de parecer aprovechásemos la ráfaga que nos habia conducido hasta allí, y que en vez de volvernos en direccion á París, hiciéramos una tentativa para llegar á las costas del Norte-América. Despues de un momento de reflexion, todos convinimos en la ejecucion del proyecto, venciendo la repugnancia de los dos marineros, que aunque parezca raro eran los únicos que se oponian.

Guiamos hácia el Occidente, pero como la tirantez de los cilindros contenia en algun modo la rapidez de nuestra marcha, y teníamos el globo bastante listo para poderlo gobernar á izquierda ó derecha, arrojamos unas 40 ó 50 libras de lastre, con cuya disminucion de peso y haber recogido todo lo posible el regulador, empezamos á caminar con una velocidad inconcebible.

En un momento perdimos de vista la costa. Pasamos por cima de un sin número de barcos de todas clases y naciones que nos saludaban, los unos con cohetes, los otros empavesándose con sus gallardetes y banderas, y todos con gritos de alegria que oíamos perfectamente. Ninguna cosa particular ocurrió en el resto del dia; y por un cálculo que se hizo al aproximarse la noche vimos que habiamos andado mucho mas de 500 millas. A puestas del sol se levantó un fuerte huracan: toda la noche tuvimos viento del Este que nos auguraba un éxito feliz en el viaje. El frio y la humedad de la atmósfera nos obligaron á envolvernos en las capas, y como la barquilla era bastante espaciosa pasamos la noche cómodamente.

Domingo 7. A la mañana soplaba el viento fuerte, y á su impulso corrimos 30 millas por hora ó algo mas. Este que habia cambiado considerablemente hácia el Norte á la caida del sol, nos impelió hácia el Oeste, ayudados principalmente por el *tornillo* y el resorte que llenaron con admiracion su objeto. No habiendo podido arrostrar ayer la corriente del aire, hoy para ascender necesitábamos su influencia. A pesar de esto, despues de haber descargado algun lastre nos elevamos á la altura de 25,000 pies sobre las montañas de Cotopaxis. Nos dirigimos á buscar una corriente mas directa, pero no encontramos ninguna tan favorable como aquella en que estábamos. Teníamos suficiente provision de gas para seguir nuestro camino aunque el viaje hubiese durado tres semanas mas. Ningun temor teníamos por el resultado, pues habia habido suma exageracion en las dificultades. No recuerdo ningun otro accidente particular. La noche me ofrece algunos temores

Lunes 8. El Nordeste ha sido toda la mañana sumamente fuerte. Momentos antes de romper el dia nos alarmamos al oir un extraño ruido y algunos sacudimientos en el globo, acompañado de un rápido aparente descenso de toda la máquina. Este fenómeno lo causaba la dilatacion del gas producida por el aumento de calórico en la atmósfera, que habia separado las partículas de hielo depositadas durante la noche en la copa del globo.

Nada notable ha ocurrido en todo el dia. Son las doce de la noche y seguimos volando con bastante rapidez hácia Occidente.

El mar está fosforescente como en las noches anteriores.

Martes 9 *del manuscrito de Mr. Ainsworth.* Estamos á la vista de las costas occidentales de Carolina. El gran problema está ya resuelto. Hemos atravesado el Atlántico. ¡Dios sea loado! ¿qué le resta á la ciencia que vencer?

. . . . . .

Hasta aqui el *Diario.* Algunas particularidades del descenso ha comunicado sin embargo Mr. Ainsworth á Mr. Forsyth. Teniendo el primero varias relaciones en la isla de Fort Moultrie, se convino en caer en sus cercanías. Todo el pueblo se apresuró á ver el globo, y ninguno se atrevia á dar crédito á tan extraordinario viaje. Cuando el manuscrito de donde hemos copiado lo que antecede, llegó á Charlestone, los viajeros permanecian aun en Fort Moultrie.

Fácil es conocer que tan estupenda noticia ha sido recibida de muy distintos modos: unos la creen de buena fé, otros quisieran creerla, pero no se atreven, porque no se diga, y otros en fin la aceptan como hecho consumado, y se ocupan de perfeccionarla con todo afan, pensando ya en construir posadas y... toda clase de *castillos en el aire.* Nosotros hemos tenido ocasion de ver algunos ensayos de los muchos que se estan haciendo á este fin, y mientras adquirimos el *retrato* de la *Victoria*, nos ha parecido oportuno dar una idea de los trabajos á que aludimos con el siguiente dibujo:

La *Polka* baile de que ya tienen noticia nuestros lectores, es otro de los acontecimientos notables aunque terrestres, de esta quincena. No se habla de otra cosa que de las treinta veces que ha dado vuelta á un salon de baile en París el señor marqués de Santiago, sin perder nada de su gracia ni de sus fuerzas, á pesar de ser una distancia de cerca de tres kilómetros (casi media legua). El premio de la apuesta, era lo que ha ganado bailando el citado marqués, un traje completo de gitano, con espuelas de plata maciza.

Otro acontecimiento literario ha ocurrido en Francia, y como de rechazo, como el calórico de los espejos ustorios, ha reflejado en el país de los traductores, en nuestra pobre España. Eugenio Sue, el novelista francés que está hoy de moda, ha dado á luz el primer capítulo de su última novela, *el Judío Errante,* y cien personas á la vez se han lanzado á verterla en español (en lo que hoy se llama castellano) sin arredrarles el volúmen de la obra, que constará de diez tomos, ni la ignorancia en que se hallan del mérito de la novela, ni lo pesado que es dar *doscientos* pliegos, que podrá tener la dichosa novela, á pliego diario. Esto sin contar con las interrupciones que podrá hacer el autor, pues los *Misterios de París* tardaron en publicarse año y medio. Lástima nos dá ver ese afan con que nos lanzamos en España á traducir cuanto viene de Francia, al paso que se desconoce generalmente la literatura de las demas naciones. Si los nombres de Zorrilla, Hartcenbusch, Breton, Rubí, Avellaneda, Gil y Zárate, y otros muchos honra de nuestro país, no fuesen la salvaguardia de esa invasion, si las obras de esos ingenios privilegiados no saliesen al frente de la literatura española, para llevarla al grado de riqueza debido, qué seria de nuestro idioma con esa nube de traductores que todo lo invaden sin pararse en la ridiculez y en el daño que resulta de ver en los folletines franceses: *Amaury* de Dumas, y al mismo tiempo en los españoles, *Amaury* de Dumas!

Errantes han andado los traductores desde que se anunció el *Judio Errante*: Unos escribian á París para que les mandasen copia del original, ó con un dia de anticipacion las pruebas de la imprenta; otros han salido á esperar el correo á Buitrago, llevando en la diligencia toda una imprenta completa, y otros en fin concibieron la idea, que por lo visto no han podido realizar, de robar el correo, para ser los únicos que recibiesen el suspirado *Constitucional*, donde venia el suspirado *Judio Errante.* Nosotros afortunadamente podriamos contestar con infinidad de obras originales, pero nos contentamos con remitir á nuestros lectores á la interesantísima novela de *Espatolino* que concluye en el número próximo.

Como consecuencia de ese furor de traducir, vimos el otro dia una caricatura en cierto periódico, y el autor del artículo ponia á la España sobre un burro marchando la última á la civilizacion, y viva el decoro nacional y el amor pátrio! Pero no se contentaba con poner á su pátria la última de las naciones civilizadas, sino que la hacia marchar detrás de Portugal. España mas atrasada que Portugal en civilizacion!... *Risum teneatis.* Cuánta miseria!

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

HISTORIA DE FELIPE II

REY DE ESPAÑA.

por D. Evaristo San Miguel.

Indudablemente esta publicacion es una de las mas importantes que han empezado estos dias, y que como era de esperar han llamado la atencion de cuantos conocen el interés de ese período de nuestra historia, y las dificultades que ofrece por los diferentes sentimientos que excita. En la primera entrega que hemos visto, se advierte mucha claridad en el lenguaje, exactitud é imparcialidad en la narracion de los hechos. El autor en su prospecto dice:

La historia de nuestra nacion se halla tan enlazada con todos los acontecimientos importantes de aquel siglo, que es imposible escribirla sin entrar mas ó menos en la de los demas pueblos de la Europa. Ocuparon sucesivamente el trono español durante casi todo este período dos monarcas que, dominando á mas de este pais en otros muchos, debieron por precision de tomar parte en cuantos negocios importantes ocurrieron durante su reinado: dos monarcas famosos por la actividad de su carácter, por su espíritu ambicioso, por su vasto poderío, por la habilidad que desplegaron en el gobierno y administracion de sus estados. Fueron ambos y son en la actualidad casi igualmente célebres, mas no del mismo modo: los dos figuran en primer término, mas no con un mismo colorido: ambos fueron objeto de rivalidades y de odios, mas con diferentes grados de encarnizamiento: los dos tuvieron sus historiadores, mas no los hallaron igualmente fieles y hábiles. Bajo ambos conceptos fué mas afortunado Cárlos que Felipe. Pocos hombres han sido, efectivamente, mas que este último, blancos de parcialidad, de prevencion, de mala fe por parte de sus historiadores. Para unos es poco menos que un Dios; para otros un demonio: aquí se pone en las nubes su piedad, su celo religioso: allí se le pinta como un mónstruo de supersticion y fanatismo: lo que para los primeros fué justicia, fué prudencia, fué política; lo califican los segundos de crueldad, de falsedad y de perfidia. Nada prueba tanto la lucha encarnizada de intereses, opiniones y principios que, encendida durante su existencia, comunicó su furor á las generaciones sucesivas.

Al emprender la vida y hechos de Felipe II, rey de España, no desconozco la clase de tarea que me impongo, ya atendiendo á lo vasto de las indagaciones, ya al modo de presentar su resultado. Si la historia es en todas ocasiones un estudio sério y grave, ninguna debe de merecer mas este carácter que la de un personaje tan grave y tan severo en todas las situaciones de su vida, de un monarca tan importante en nuestros anales, tan enlazado con el nombre y las grandezas españolas, y sobre todo cuya memoria excita tan diversos sentimientos. Por mas que se imponga un historiador el deber de indagar los hechos con toda diligencia, de exponerlos con imparcialidad y exactitud, es imposible que no choque muchas veces con sentimientos favoritos, con opiniones dominantes, con las preocupaciones que se adquieren por necesidad, segun el círculo en que se vive, el partido político á que se pertenece, etc. Teniendo, pues, presentes estas consideraciones, y convencido de la imposibilidad de contentar á todos, diré de Felipe II la verdad, ó lo que mas probable me parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consulte, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes. Ningun interés tengo en hermosear, ni menos en cargar el cuadro de tintas demasiado oscuras. Como español debo inclinarme á lo primero. Y ¿qué persona que lleve este nombre puede prescindir de un movimiento de amor propio, al recorrer una época en que su nacion era considerada, respetada y colocada por su poder, si no la primera, al menos al par de las primeras de la Europa? Mas haré por desprenderme de estas ilusiones, que tantas veces extravian el entendimiento. El mejor modo de evitar los escollos á que lleva la parcialidad, es presentar los hechos con exactitud, y ser parco en reflexiones; escribir para narrar, no para probar; ser lógico en presentar datos, dejando al cuidado del lector deducir las consecuencias.

LOS ESPAÑOLES

PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Esta interesante coleccion de artículos de costumbres y retratos de todos los tipos de la sociedad moderna española, se halla ya á la mitad del tomo segundo. Se han repartido estos últimos dias las en-

tregas 25 y 26 del tomo segundo, 75 y 76 de la obra, y son los tipos de la Posadera y el Cómico.

Sigue abierta la suscricion en casa de su editor D. Ignacio Boix.

VIDA DE LAZARILLO DE TORMES.

Van publicadas cuatro entregas de esta obra, y tanto los *grabados* como

el lujo tipográfico, hacen honor al señor Castelló, editor y grabador de esta publicacion.

EJERCICIO COTIDIANO

Y NOVISIMO DEVOCIONARIO

PUESTO EN VERSO

POR D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE,

Y CON VARIAS ORACIONES DE D. RAMON SATORRES.

Hemos hojeado con gusto esta obrita del señor Príncipe, que recomendamos eficazmente á nuestros lectores. Está ver-

sificada con facilidad, y se hacen notables las composiciones que encierra, por el sentimiento religioso con que están escritas, y sobre todo por la sencillez de los pensamientos y la uncion evangélica de las máximas cristianas que se vierten en ellas. Copiamos á continuacion una de las oraciones que contiene el Devocionario, para que juzguen nuestros lectores del mérito de esta obra que tanto realce da á sus autores, por el acento que han elegido y por el buen desempeño y asiduidad con que la han llevado á cabo. Las almas devotas deben estar agradecidas al Sr. Príncipe, que ha sabido escribir un Devocionario, libre de los disparates que se advertian en las obras de ese género, y que escitando la risa ridiculizaban los misterios mas sublimes de nuestra religion.

Acto de ofrecimiento.

Nuevo tu dia para mi comienza:
Nuevo á mis ojos resplandece el cielo:
El nuevo dia que me das, Dios mio,
Yo te lo ofrezco.
Alma me diste de pensar dotada:
Habla y acciones por tu gracia tengo:
Obras, palabras, pensamientos, todo
Yo te lo ofrezco.
Tierra prestada peregrino habito:
Mi sér, mi vida y corazon te debo:
Cuanto respiro, cuanto tengo y amo
Yo te lo ofrezco.
Mísero á veces el dolor me aflige:
Plácido á veces sonreir me veo.
Goces y penas y aflicciones, todo
Yo te lo ofrezco.
Viviente ahora, cuando caiga el dia
Acaso lance el postrimer aliento:
Por lo que pueda suceder, mi muerte
Yo te lo ofrezco.

M. A. P.

DICCIONARIO

ITALIANO-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-ITALIANO,

el unico completo que se ha publicado hasta el dia.

REDACTADO

por Martinez del Romero.

Sumamente notable habia sido hasta ahora la falta de un *Diccionario* como el que se anuncia, y tal que llenase los deseos de los literatos asi nacionales como extranjeros, que siempre lo han estado echando de menos. Los dos pequeños *Diccionario italo-hispanos* que se conocen á su pequeñísima extension y reducido número de dicciones, reunen la particular circunstancia de estar muchas de ellas mal definidas; y era inútil, cuando no perjudicial, el consultarlos á veces, pues en algunas de las palabras fijan una correspondencia que no tienen, con lo cual exponen al traductor á que haga versiones inexactas, ó á que deje de entender un pasaje dificil.

Conociendo el editor de la presente obra cuán necesario era llenar este vacío en la literatura, no ha vacilado en publicarla, á pesar de los grandes gastos que tiene que hacer para conseguirlo; pero está seguro de merecer por ello la gratitud de los hombres estudiosos, confiando, con justicia, en que los conocimientos literarios y lingüisticos del señor Martinez del Romero, darán á su produccion todo el sello de bondad necesario para que sea acogida con aprecio.

Esta obra se publica por entregas de 48 páginas en 8.° mayor frances, de buen papel y tipos nuevos.

El precio de cada cuaderno será por suscricion á 2 rs. cada uno en Madrid y 4 en las provincias franco de porte.—Cada mes se dará un cuaderno y algunos meses dos.—Despues de publicado el último cuaderno se venderá á 240 rs. el ejemplar, que serán dos tomos voluminosos. En las provincias será un real mas en razon de portes.

Se suscribe en la librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Pontejos, núm. 8.

HISTORIA DE MADRID,

DESDE SUS TIEMPOS MAS ANTIGUOS

HASTA NUESTROS DIAS:

por D. Agustin Azcona.

El título de esta obra indica su objeto; conocido éste, es excusado detenerse á enumerar las grandes ventajas que reporta el público de un trabajo que honrará siempre á su autor. Nosotros hemos visto las quince primeras entregas de la *Historia de Madrid*, y en vista de la exactitud de los datos, de la minuciosidad de la investigacion, de la claridad del lenguaje, y del órden que guarda en cuanto lo permite la clase de publicacion que es, nos apresuramos á recomendarla á nuestros lectores, seguros de que tendrán en ella cuantas noticias necesiten desde el orígen y fundacion de la capital de España hasta su estado actual.

Cuando esté mas adelantada ó concluida de publicar la *Historia de Madrid*, nos ocuparemos detenidamente de ella, y haciendo justicia al mérito de su autor, examinando la obra imparcialmente, podremos dar la enhorabuena al señor Azcona, que con la árdua tarea que ha emprendido, y el desempeño que ha dado á las entregas publicadas, se ha hecho acreedor á la consideracion de sus compatriotas. Por ahora nos limitamos á publicar la advertencia que se lee al principio de la obra, deseosos de que la útil, pero modesta excitacion del señor Azcona, tenga toda la publicidad que es de desear.

ADVERTENCIA. Todas las personas que figuran de un modo notable en el movimiento de esta gran poblacion están interesadas en que se lleve á cabo la presente obra. Su complemento ha de ser la estadística general de Madrid; y en ella han de consignarse los nombres de cuantos, en todas las carreras y profesiones, en todos los ramos de la produccion y de la circulacion, consideradas en el mas lato sentido, tengan derecho á mencion particular. La HISTORIA DE MADRID ha de representar á los lectores un cuadro fiel de su estado actual; y en este cuadro han de hallar cabida todos los habitantes, que por diferentes medios contribuyen á dar á Madrid la grande importancia que tiene en el catálogo de las capitales de Europa.

Merece por tanto la mayor gratitud y elogio la obsequiosa atencion con que todos los sugetos consultados hasta el dia para el mas cabal desempeño de la obra se han prestado á dar noticias y explicaciones sobre cuantas materias abraza; y se ruega y espera lo hagan tambien aquellos á quienes, no habiendo sido consultados todavía, fuere preciso recurrir en adelante.

Entretanto se recibirán con el mayor aprecio cuantas noticias se remitan á la Direccion, ya acerca de establecimientos de todo género, ya relativamente á familias ó personas de quienes deba hacerse mérito en cualquier sentido, segun las indicaciones que van en la cubierta; entendiéndose que en esto se favorece muy particularmente una empresa acometida, mas que por especulacion, por el deseo de que no se pierda la memoria de muchas cosas que con el transcurso del tiempo y por causa de los trastornos políticos, van desapareciendo, y por el de formar un vasto repertorio de todos los datos que pueden apetecerse, para conocer perfectamente la capital de la Monarquía.

Se suscribe en la Direccion de la *Sociedad Poligráfica*, subida de los Angeles, núm. 5, cuarto principal; en la librería de *Cuesta*, calle Mayor; y en la de *Jordán*, calle de Carretas. Cada cuatro entregas seis reales.

FEBRERO

Ó LIBRERIA

DE JUECES, ABOGADOS Y ESCRIBANOS,

comprensiva de los códigos civil, criminal y administrativo, tanto en la parte teórica como en la práctica, con arreglo en un todo á la legislacion hoy vigente por el ilustrísimo Sr. D. FLORENCIO GARCIA GOYENA magistrado honorario del Supremo Tribunal de Justicia, Regente que ha sido de las Audiencias de Valencia y Burgos, Ministro de la de esta Córte, y antiguo Síndico consultor de las Córtes y Diputacion permanente de Navarra. Y D. JOAQUIN AGUIRRE.

SEGUNDA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA POR LOS SEÑORES

DON JOAQUIN AGUIRRE

Y

DON JUAN MANUEL MONTALBAN.

CATEDRATICOS DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.

PROSPECTO.

La general aceptacion que ha tenido esta obra ha hecho que se consuma en poco tiempo una edicion bastante numerosa. Constantemente conocida su utilidad y su importancia, y considerada como imprescindible en el bufete de todas las personas que se dedican á la carrera del foro, cree el Editor que las reformas que en ella se hicieron últimamente, han acrecentado su interés y contribuido á la favorable acogida con que el público la ha distinguido. En vista de esto tenia un deber que llenar; el de que se hicieran las mejoras posibles en la segunda edicion, y asi ha procurado conseguirlo. Se han colocado, pues, en la que ahora se anuncia, y arreglado en sus respectivos lugares, las disposiciones que se encontraban esparcidas en algun tomo y en el apéndice de la primera; se han insertado las publicadas posteriormente, y se han añadido los tratados de *Jurisprudencia mercantil*, que algunos echaban de menos, y que en realidad pueden considerarse necesarios. El Editor se lisonjea de que la obra quedará enteramente completa con estas reformas, y de que los jurisconsultos y escribanos que tengan necesidad de consultarla, hallarán en ella gran copia de doctrinas.

Los redactores de estos trabajos, cuyos nombres se expresan en el anuncio, son ya conocidos por publicaciones del mismo género, y por haber dedicado sus tareas, largo tiempo hace, á la enseñanza de la juventud.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta interesantísima obra, que constará de diez volúmenes en 4.°, saldrá por tomos, y se dará uno cada mes próximamente.

El precio de cada tomo será en Madrid 20 rs. vn. en rústica, y 24 en las provincias, franco de porte.

El tomo primero está ya de venta en la librería de su Editor D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núm 8; el cual podrán recoger los suscritores y adelantar el importe del segundo que está ya en prensa.

La *Jurisprudencia mercantil* se imprimirá mayor número de ejemplares, para que puedan adquirirlo los que hubiesen comprado la anterior edicion: asi como cualquiera variacion notable que no les imposibilite aquella.

NUEVA

GRAMATICA FRANCESA,

compuesta para el uso de los españoles y consultada con los mejores autores,

por D. Ramon Joaquin Dominguez.

Entre las muchas gramáticas francesas que conocemos, unas buenas en su tiempo, y otras medianas siempre, ninguna nos ha parecido mas clara y mas al alcance de la juventud que se dedica al estudio del idioma francés que la presente. Método en las reglas, claridad en los preceptos, y precision en los ejemplos, son las cualidades mas notables de esta gramática, que hemos hojeado con mucho gusto y particular cuidado. Para nosotros era recomendacion de gran bulto saber que habia sido adoptada por los hijos de Calasanz, pero sin embargo hemos notado en ella explicaciones terminantes sobre ciertas palabras de pronunciacion dudosa para los españoles, y nos ha llamado la atencion sobre todo el trabajo que ha hecho su autor en las conjugaciones.

Tenemos entendido que el *colegio militar de todas armas* piensa adoptarla para la enseñanza de los cadetes; y esto, unido á la aprobacion de cuantos profesores la han visto, nos hacen recomendarla eficazmente á nuestros lectores.

Se vende en casa de su autor, calle de Hortaleza, número 38, cuarto principal, donde tiene el señor Dominguez academia diaria de francés.

HISTORIA

DE

LA GUERRA DE ESPAÑA

CONTRA NAPOLEON,

POR EL PRESBITERO

D. JUAN DIAZ BAEZA.

Ilustrada con grabados en madera, intercalados en el texto.

Un tomo en 4.° de cerca de 500 páginas, á 50 rs. rústica.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS

DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.

Calle de Carretas, núm. 8.